

PAPELES DE DISCUSIÓN IELAT

Nº 19
Mayo 2020

**“La pandemia del COVID-19.
Una visión interdisciplinar”**



Fachada del Edificio Colegio de Trinitarios, sede del IELAT-UAH

**Gonzalo Andrés
García Fernández
(Coord.)**



La pandemia del COVID-19. Una visión interdisciplinar

Coordinador
GONZALO ANDRÉS GARCÍA FERNÁNDEZ

Héctor Casanueva
Aitor Díaz-Maroto
Rodrigo Escribano Roca
Gonzalo Andrés García Fernández
Iván González Sarro
José Eduardo López Ahumada
Laura Orta
Pedro Pérez Herrero
Noelia Rodríguez Prieto
Daniel Sotelsek
Adriano Spedaletti
Mirka Torres Acosta
Rebeca Viñuela Pérez



**Universidad
de Alcalá**

**INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN
EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS ·IELAT·**

Estos papeles de discusión del IELAT están pensados para que tengan la mayor difusión posible y que, de esa forma, contribuyan al conocimiento y al intercambio de ideas. Se autoriza, por tanto, su reproducción, siempre que se cite la fuente y se realice sin ánimo de lucro. Los documentos son responsabilidad de los autores y su contenido no representa necesariamente la opinión del IELAT. Están disponibles en la siguiente dirección: [Http://www.ielat.com](http://www.ielat.com)

Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos
Universidad de Alcalá
C/ Trinidad 1
Edificio Trinitarios
28801 Alcalá de Henares – Madrid
www.ielat.com
ielat@uah.es
+34 91 885 25 75

Presidencia de Honor:

Juan Ramón de la Fuente

Dirección:

Pedro Pérez Herrero

Coordinación editorial:

Iván González Sarro

Equipo de edición:

Aitor Díaz-Maroto Isidro

Rodrigo Escribano Roca

Gonzalo Andrés García Fernández

Mirka Torres Acosta

Consultar normas de edición en el siguiente enlace:

<https://ielat.com/normativa-de-edicion/>

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Hecho en España

Made in Spain

ISSN 2254-1551

PARTICIPANTES

HÉCTOR CASANUEVA: Embajador. Profesor Investigador IELAT-UAH. Miembro del Planning Committee del Millennium Project Futures Studies & Research. Director-Fundador del Consejo Chileno de Prospectiva y Estrategia. Ex embajador de Chile en Ginebra. hector.casanueva@uah.es

AITOR DÍAZ-MAROTO: Historiador. Investigador en formación en el IELAT-UAH (España). aitor.diaz@edu.uah.es

RODRIGO ESCRIBANO ROCA: Historiador. Doctor por la Universidad de Alcalá y PhD en Filosofía por la Western Sídney University. Profesor doctor en la Universidad Adolfo Ibañez (Chile). rodrigo.escribano@uai.cl

GONZALO ANDRÉS GARCÍA FERNÁNDEZ: Historiador. Doctor por la Universidad de Alcalá. Profesor investigador del IELAT-UAH (España). gonzaloandres.garcia@edu.uah.es

IVÁN GONZALEZ SARRO: Historiador. Doctor por la Universidad de Alcalá. Profesor investigador en el IELAT-UAH (España). ivan.gonzalezs@edu.uah.es

EDUARDO LÓPEZ AHUMADA: Doctor en Derecho por la Universidad de Alcalá. Académico Correspondiente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de España. Director de la Revista Estudios Latinoamericanos de Relaciones Laborales y Protección Social. Profesor Titular de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social en la Universidad de Alcalá (España) e investigador del IELAT-UAH eduardo.lopez@uah.es

LAURA ORTA: Historiadora. Investigadora en formación en la Universidad Complutense de Madrid (España). lauraorta3@gmail.com

PEDRO PÉREZ HERRERO: Historiador. Doctor por El Colegio de México (México). Miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Historia. Catedrático Universidad de Alcalá. Director del Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos de la UAH. pedro.perezherrero@uah.es

NOELIA RODRIGUEZ PRIETO: Historiadora. Investigadora en formación en el IELAT-UAH (España). n.rodriguezp@uah.es

DANIEL SOTELSEK: Economista. Doctor en Economía por la Universidad de Alcalá. Coordinador del programa de doctorado del IELAT. Profesor titular del Departamento de Economía de la Universidad de Alcalá (España). daniel.sotelsek@uah.es

ADRIANO SPEDALETTI: Abogado. Profesor titular en la Universidad de Mendoza (Argentina). Director del Centro de Estudios de Integración Regional de la Universidad de Mendoza. spedaletti@yahoo.com

MIRKA TORRES ACOSTA: Periodista. Gestoradora de programas e investigadora en formación en el IELAT-UAH (España). mirkatorres@gmail.com
coordinacion.ielat@uah.es

REBECA VIÑUELA PÉREZ: Historiadora. Doctoranda en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México). rebeca.vinuelaperez@gmail.com



INDICE

Introducción, Gonzalo Andrés García Fernández.

Primer bloque. REFLEXIONES Y ANÁLISIS SOBRE LO ACAECIDO A RAÍZ DEL COVID-19.

¿ES LA PROSPECTIVA, ESTÚPIDO!, Héctor Casanueva.

REFLEXIONES DE UN HISTORIADOR CONFINADO SOBRE LA (GRAN) DIFICULTAD AÑADIDA DE “EL VIRUS” DEL SIGLO XXI, Gonzalo Andrés García Fernández.

LA PROFUNDIZACIÓN DE LA DESIGUALDAD POR LA COVID-19, Iván González Sarro.

CRISIS HUMANITARIA POR CAUSA DEL CORONAVIRUS Y CUESTIÓN SOCIAL: UNA MIRADA INTERNACIONAL, José Eduardo López Ahumada.

DE CÓMO LA PANDEMIA SANITARIA DEL COVID-19 SE CONVIRTIÓ EN “PAN-PÁNICO”, Pedro Pérez Herrero.

¿EL COVID-19 Y EL CORONA VIRUS?: POSIBLEMENTE NO, Daniel Sotelsek.

IMPLICANCIAS DEL COVID-19 EN EL TABLERO MUNDIAL, Adriano Spedaletti.

Segundo bloque. CARTAS PARA UN EXTRATERRESTRE (EDICIÓN COVID-19).

CARTA PARA MI QUERIDO EXTRATERRESTRE, Aitor Díaz-Maroto.

DECLARACIONES DE INTERDEPENDENCIA O UNA BREVE HISTORIA DE IMPERIOS Y NACIONES ÚTIL PARA QUE EL EXTRATERRESTRE ENTIENDA LA CRISIS DEL COVID-19, Rodrigo Escribano Roca.

ENCUENTROS EN LA TERCERA FASE... DE UNA PANDEMIA, Laura Orta.

LA MÁSCARA DE LA MUERTE ROJA, Noelia Rodríguez Prieto.

LA FURIA Y EL OLVIDO DE LA CONVERSACIÓN EXTRATERRESTRE, Mirka Torres Acosta.

CARTA EXPLICATIVA A UN EXTRATERRESTRE ACERCA DE LA CONTINGENCIA RECIENTE DEL COVID-19, Rebeca Viñuela Pérez.



INTRODUCCIÓN

Gonzalo Andrés García Fernández

¿Podríamos diferenciar lo que sucede más allá del COVID-19?, ¿y si tuviéramos que explicarle todo esto a un ser del espacio exterior? En esta ocasión reunimos a una cantidad importante de investigadores y profesorado especializado en diversas áreas de investigación y pensamiento con el objetivo de profundizar ante los recientes y múltiples hechos acaecidos a raíz del COVID-19.

Para abordar esta compleja cuestión nos propondremos diversas formas de hacerlo. La primera fórmula será la posibilidad de explicarle mediante una carta a un ser de alguna galaxia lejana todo lo que está ocurriendo, mientras nuestra segunda fórmula será reflexionar sobre alguno de los muchos aspectos que ha provocado indirectamente la llegada del COVID-19.

De esta manera, mientras que si hoy mismo aterrizara un extraterrestre y nos preguntara “¿Qué ha sucedido aquí y por qué?”, deberíamos responderle de forma clara, concisa y muy didáctica. Y sobre todo si este ser del espacio exterior resulta ser curioso. Mientras que si reflexionamos de forma más interiorizada y personal todo lo que está ocurriendo a raíz del COVID-19 lo haremos más bien para exponer nuestras ideas y percepciones sobre lo que entendamos que requiere más atención.

En la presente recopilación de textos reunimos reflexiones tanto para el entendimiento de los seres humanos como para el de los seres de otro planeta. Todo lo acaecido hasta el momento ha afectado la denominada comúnmente como “normalidad”. De preocuparnos “el futuro”, ahora nos preocupa que “el pasado” no vuelva nunca más.

La dimensión de la problemática sin duda es amplia y diversa en su naturaleza. Sobrepasa lo específicamente vírico-sanitario. En estos tiempos turbulentos nos arrojamos conscientemente a la norma y la picaresca. Nada parece claro y es por ello por lo que debemos detenernos a pensar sosegadamente sobre ello. Desde la precisión económica, la reflexión histórica o filosófica; desde el análisis ficcional (pedagogía para un extraterrestre) o no tanto (realidades laborales, pobreza).

En esta presente compilación de textos nos propondremos, pues, ofrecer no solo nuestras visiones y perspectivas sobre el asunto que se nos presenta a la fuerza (crisis del COVID-19), sino que también evidenciar una vez más de que las Ciencias Sociales y Humanísticas unidas son de imperiosa necesidad en nuestra sociedad ante un mundo en dificultades, desorientado y que, sobre todo, no es capaz de ver más allá de lo inmediato.



PRIMER BLOQUE

REFLEXIONES Y ANÁLISIS SOBRE LO ACAECIDO A RAÍZ DEL COVID-19



¡ES LA PROSPECTIVA, ESTÚPIDO!

Héctor Casanueva

Con una visión prospectiva y políticas públicas diseñadas sobre la base de escenarios, esta pandemia se podría haber evitado, o por lo menos sustancialmente atenuada en sus efectos. El objetivo de la prospectiva es estudiar el futuro, a partir de datos concretos, tendencias, percepciones, sentimientos e imaginación, para anticipar escenarios y construir futuros posibles y deseables considerando lo inevitable y los imponderables. Su razón de ser: reducir la incertidumbre, anticiparse e iluminar el presente. Su efecto, especialmente en esta crisis, es enfrentar en la sociedad el miedo al futuro.

Según Michel Godet, la prospectiva es la anticipación a escenarios que pueden ser inevitables, posibles y deseables. Y pasa a ser prospectiva estratégica, cuando se ocupa en el presente, del qué se puede hacer, qué podemos hacer y cómo vamos a hacerlo.

La dramática coyuntura en que nos encontramos debido a la pandemia, que ha generado una crisis de proporciones en todo el mundo, y que ha tomado por sorpresa a gobiernos e instituciones multilaterales encargadas de la gobernanza global, demuestra que el pensamiento estratégico, y en concreto los componentes elementales de la prospectiva estratégica, han faltado completamente a ese nivel de toma de decisiones.

Esta pandemia fue anunciada en las últimas dos décadas por la comunidad científica y centros de investigaciones y estudios prospectivos. Baste señalar algunos: por ejemplo el Millennium Project en sus informes *State of the Future* emitidos periódicamente desde 1997 advierte sistemáticamente, basado en datos objetivos y el destilado de múltiples estudios científicos, de la próxima aparición de nuevas infecciones producto de la mutación de virus y bacterias, con el riesgo cierto de ser pandémicas debido a la creciente movilidad internacional, el crecimiento del turismo, los intercambios estudiantiles, etc. Agregando que lo que se observa desde el punto de vista de la gobernanza global, es que a mayor globalización, mayor dificultad para coordinarse y tomar decisiones cooperativas. Por su parte, los sistemas de inteligencia de los Estados Unidos, basados en informes de la comunidad científica hicieron similares advertencias al poder político. George W. Bush, en 2005, recogió explícitamente dichas advertencias en un mensaje al Congreso y otras instancias, que fue ignorado. Donald Trump, por su parte, hizo caso omiso a un informe concreto a este respecto por razones de campaña.

Y para no abundar en más datos, solo he de señalar que investigadores de la Universidad de Hong Kong emitieron un informe muy específico sobre los coronavirus y sus mutaciones posibles en animales que son consumidos en el sur de China. Y más recientemente, la Organización Mundial de la Salud en 2019 fue muy explícita en su



informe “El Mundo está en Peligro”, señalando que la preparación ante la crisis por venir era “un bien público global”.

Es decir, la información estaba disponible, y las advertencias muy claras, pero carecimos a nivel de la toma de decisiones, de la capacidad de procesamiento, de una inteligencia prospectiva que, mediante los métodos de esta disciplina, visualizaran los diferentes escenarios y que, en consecuencia, respondieran a las preguntas acerca del qué hacer, qué podemos hacer y como lo vamos a hacer.

“¡Es la prospectiva, estúpido!”, podemos decir parafraseando aquella famosa frase de la campaña electoral de Clinton.

Hay muchas cosas que aún no sabemos con certeza sobre el virus SARS-CoV-2, causante de la enfermedad COVID-19. No hay aún tratamientos específicos, ignoramos el tiempo que tomará disponer de una vacuna efectiva, que superaría, según los científicos que en distintas partes del mundo trabajan en ello, los 12 a 18 meses. Una duda que surge, por lo demás, es como ésta se va a aplicar en todo el mundo, los costos y quien los asumiría. Tampoco sabemos en firme el impacto económico, laboral, productivo, financiero y existenciales derivado de los efectos de esta crisis. Hay aproximaciones, estudios preliminares disponibles, de parte de la ONU, la OIT, la OMC, el Banco Mundial, el BID, la CEPAL y otros organismos internacionales, todos los cuales anuncian una dramática caída del producto mundial, una recesión económica prolongada, millones de puestos de trabajo perdidos y los sistemas de salud y seguridad social desbordados. La gobernanza global y local se ve afectada y seguramente lo será más en adelante. Las instituciones públicas están tensionadas o sobrepasadas. Y cada gobierno trata de salvarse como pueda. En lugar de cooperar, estamos compitiendo en medidas y compitiendo por los insumos sanitarios.

Tener mayores certezas nos permitiría responder con un cierto margen de seguridad, y atenuar el impacto. Nuevamente, es el campo de la prospectiva, que aún en medio de la coyuntura, debería ser un instrumento para anticipar, definir y preparar el escenario que viene de manera concreta.

Para ello, hay ciertas cosas que sabemos con seguridad, que debemos tener en cuenta ahora y en el futuro.

1. La mutación de los corona virus y otros virus, patógenos en general es permanente, y su extensión se ve favorecida por los desplazamientos de personas propios de la globalización.
2. Los gobiernos y organismos multilaterales no tomaron debidamente en cuenta los estudios y advertencias, ahora solo se está reaccionando, descoordinadamente, y en algunos temas a tientas, ignorando muchas cosas, lo que no debe volver a suceder.

3. Los efectos de la pandemia COVID-19 serán altos en vidas humanas, recesión económica, pérdida de puestos de trabajo, alteraciones en los modos de vida, y todo en un ambiente de temor e incertidumbre sobre el futuro.
4. Los ODS de la Agenda 2030 se verán fuertemente afectados y en serio riesgo de no ser cumplidos.
5. Esta no será la última crisis sanitaria ni el último evento que podría afectar globalmente a nuestras sociedades, por lo tanto las próximas crisis no pueden tomarnos por sorpresa.
6. Las crisis son sistémicas y globales, y necesitan respuestas preventivas y reactivas globales.

El futuro no se puede predecir, pero se puede construir. La prospectiva estratégica es una metodología y un instrumento para anticipar escenarios, reducir la incertidumbre, los riesgos y el temor. Y ante el vacío predictivo, surge la especulación. Vemos que se ha abierto rápidamente el campo de la especulación, ilustrada o no, pero sin sustentación ni análisis de escenarios. Gurús de todo tipo se acercan al terreno de la opinología frívola. Todo ello sólo contribuye al ruido y el desconcierto, y alimentar el temor y la incertidumbre.

Todos pronostican que el mundo será diferente cuando pase la crisis, y no cabe duda de que así será. Pero no podemos predecir cómo será en concreto, sino que debemos construir lo que queremos que sea, con los datos que tenemos y el estudio de las tendencias. Ese es el terreno de la prospectiva, que huye de la especulación y no se confunde con futurología.

Para que no vuelva a ocurrir un descalabro institucional y social producido por un evento como este, u otros desastres de alcance global, es imprescindible que tengamos un sistema de inteligencia colectiva global integrado, mediante unidades de Prospectiva Estratégica situadas en los niveles de decisión en gobiernos locales y nacionales, organismos multilaterales, empresas y organizaciones sociales, conectadas entre si, para estudiar permanentemente las tendencias, crear escenarios y anticipar respuestas.

Y a nivel social, promover en el sistema educativo, desde los primeros niveles, el pensamiento estratégico, la visión crítica y la imaginación creadora. O sea, que todos seamos prospectivistas, así imaginaremos ese futuro deseable y lo haremos posible.

El presente se construye desde el futuro.

REFLEXIONES DE UN HISTORIADOR CONFINADO SOBRE LA (GRAN) DIFICULTAD AÑADIDA DE “EL VIRUS” DEL SIGLO XXI

Gonzalo Andrés García Fernández

Quizás sonará repetitivo para muchos, pero lo expresaré nuevamente. Lo que llamábamos normalidad ha cambiado radicalmente. Puede que para siempre. Una situación de la que nos hemos enterado todos, pero entonces ¿Cómo denominamos lo que estamos viviendo ahora? Al parecer hemos sustituido aquella vieja normalidad por otra. Una “nueva normalidad” que probablemente se entremezcle más adelante con una “futura normalidad”. Una futura normalidad que, seguramente, conceptualizaremos mayoritariamente como el equivalente a la recuperación de nuestras vidas anteriores a la aparición del COVID-19.

El COVID-19, o coronavirus, sin lugar a ninguna duda es un virus de naturaleza sanitaria. Un patógeno que afecta a las personas y que es foco de estudio de virólogos, epidemiólogos, médicos, etc. A pesar de ello, de lo que nos hemos percatado de forma muy rápida y hasta violenta es que de una crisis sanitaria hemos pasado a una de carácter económica, para luego volver a percatarnos de un nuevo escenario: las repercusiones sociales y económicas que todo esto está causando. ¿La crisis política? Esta aún está por llegar y me temo que dará mucho de qué hablar. Pero antes de continuar con nuestras reflexiones seguramente debamos hacer una matización al respecto de lo dicho. Cómo “la política” entenderemos todo aquello que interviene o tiene que ver con las instituciones políticas o con todopoderoso sistema político de Estado republicano, “liberal”, “democrático” y “de derecho”. Y en sucesivo todo lo que lleve comillas requerirá de un riguroso matiz que iremos desgranando poco a poco, ya que no todo lo que reluce es oro, lamentablemente para muchos de nosotros.

Como decíamos el sistema político actual está sobrellevando dos crisis en una: la sanitaria (con todas sus implicaciones mencionadas anteriormente) y “la política”. Esta última apenas se puede vislumbrar, ya que estamos más preocupados (y con muchísima razón) de toda aquella Caja de Pandora social y económica que ha abierto casualmente la contingencia actual del COVID-19. Una situación que está poniendo sin querer en evidencia el ejercicio normalizado y aceptado (muchas veces inconscientemente) de invisibilización de las desigualdades. No solo en los países (óptica nacional), sino también a un nivel regional y mundial. De esta manera entonces podríamos decir que el COVID-19 ha detonado la normalidad existente hasta ahora.

Y llegados a este punto, ¿Qué hacemos a continuación?, ¿cuál es el siguiente paso después de la visibilización de lo invisibilizado?, ¿podremos darnos cuenta del efectivo ejercicio de invisibilización que se ha producido hasta el momento? Y en definitiva, ¿Podremos diferenciar las causas de las consecuencias? Lo veo complicado, y explicaré a



continuación los porqués y las razones de este pronóstico no tan alentador que estoy haciendo.

Podríamos decir que el presente, nuestro presente, se nos ha abalanzado. Y que en dicho repentino y salvaje suceso se nos ha arrebatado por el camino nuestro frágil pero existente futuro inmediato. Una vez desprovistos del mismo, sea tanto para bien como para mal, nuestro futuro inmediato ha sufrido de una especie una reprogramación exógena realmente abrupta por parte de las denominadas “autoridades científicas”. Y mientras esto sucede contemplamos melancólicamente un pasado, que si bien no era perfecto, era llevadero y nos permitiría seguir conectados a lo que denominábamos entonces como la normalidad. Podríamos decir entonces que nuestro futuro actual estaría compuesto por elementos de nuestro pasado. Qué raro, ¿no? Quizás no lo sea tanto, ya que el futuro, algo que desconocemos, nos impulsa a continuar cursando nuestro (casi) eterno presente hacia un “algo” que aún no sabemos que es, pero que, sin duda alguna, será mejor.

Y llegados a este punto no puedo evitar reconocer que, como historiador, todo esto nos puede llevar a un importante escenario de reflexión. Para ello requerimos de un poco de tiempo, una pizca de paciencia y algo de introspección. Con estos ingredientes, tan escasos hoy en día, podremos fabricar nuestra “pócima de la reflexión necesaria”. Eso sí, debemos consumirla con cuidado, no vaya a ser que nos intoxicemos y causemos un efecto no deseado recurrente en el académico: desconexión entre la reflexión y lo que está sucediendo.

Pero existe un cuarto ingrediente “secreto”: el de la historicidad. Un elemento que explicaremos brevemente como aquella relación que tenemos con los tiempos históricos: pasado-presente-futuro. Así pues, de la pócima de la reflexión necesaria pasaríamos a la “pócima necesaria de la reflexividad histórica”. Un excelente brebaje que todo historiador aconsejaría para cualquier buen amigo o amiga. Pero ¿En qué consiste dicha pócima?, ¿me curaré de algo?, ¿adquiriré nuevas capacidades?, ¿existen efectos secundarios? Para profundizar en estas interrogantes explicaremos a continuación el contexto y la naturaleza de este elixir milagroso.

En el ámbito de las ideas y el pensamiento reina la asimetría y lo imperfecto; lo excelente puede brillar y ser admirado al mismo tiempo que este sea algo con lo que no estemos realmente de acuerdo. Al ser una pócima de naturaleza digamos “histórica” los efectos de la misma provendrán de este reino de las cosas asimétricas e imperfectas. Pero no por ello pensemos que es menos válido o útil para nuestras vivencias, ya que hablamos de una dimensión un tanto desconocida y poco frecuentada en los tiempos que corren.

Y para introducir de mejor manera nuestra explicación nos es preciso mencionar y citar al historiador francés François Hartog, el cual identifica lo que él denominará “los regímenes de historicidad”, compuestos por tres etapas fundamentales: premoderno, moderno y posmoderno. Según Hartog el régimen de historicidad premoderno estaría caracterizado por un pasado que somete al presente y al futuro tanto a un nivel estético,



moral, como axiomático (habitual en la antigüedad, el medievo y renacimiento)¹. El segundo régimen será el de historicidad moderna, donde el pasado y el presente constarán como precedentes del futuro (habitual en periodos postrevolucionarios donde la utopía será esencial para la posibilitación de la modernidad y el progreso sociales, políticos y económicos). Por último, Hartog señala el régimen de historicidad posmoderno, donde nos podríamos situar en la actualidad. Éste último régimen de historicidad se centrará en el tiempo presente, siendo el pasado un tiempo que no ofrece ni soluciones ni respuestas; pero tampoco el futuro, ya que este es percibido con cierto desdén como un tiempo incierto y colmado de incertidumbre para la sociedad². Seguramente este último régimen de historicidad nos recordará a aquel frágil futuro que poseíamos en nuestra habitual normalidad presentista. Dada la situación actual podríamos aventurarnos a decir que este régimen de historicidad (posmoderno) no solamente está presente a día de hoy, sino que además se ha acrecentado.

Después de esta introducción lo siguiente será explicar los susodichos efectos de nuestra pócima en nosotros. ¿Curación o mejoramiento? Todo dependerá del enfoque que utilicemos, pero lo cierto es que si empezamos a ser conscientes de los momentos que estamos viviendo, de su peso y características, podremos activar, tanto individual como colectivamente, algo que normalmente está dormido en nuestro ser. Esto no es otra cosa que nuestra capacidad cognitiva y crítica. Sin ellas es como si estuviéramos realmente enfermos, ya que al igual que sucede con una enfermedad, esta nos impide hacer ciertas cosas. Aunque en nuestro caso sería más bien como una especie de enfermedad congénita oculta, ya que no nos percatamos que está ahí cuando realmente sí que está. En este caso esta situación la entenderíamos como el estar “inconscientemente enfermos”. Y como consecuencia de ello no podremos ver ni apreciar ciertas cosas que suceden a nuestro alrededor. Que no las veamos no significa que no existan, y de hacerlo habitualmente carecemos de las herramientas (cognitivas) para considerarlas en su complejidad, al igual que sucede, por ejemplo, con una obra de arte.

Pero también podemos verlo como un mejoramiento de nuestro ser, concretamente en nuestra capacidad para generar ideas y pensamiento crítico. Estas herramientas nos ayudarían a visualizar con mayor claridad lo que normalmente se invisibilizaba y que ahora ya no lo está, así como de los porqués de estas situaciones. Hay quien diría que eso nos convertiría en *transhumanos*, pero yo prefiero creer que esta situación de cambio todavía es parte de nuestra condición humana, por lo que todavía nos quedaría camino por recorrer de cara a pensar en ser *transhumanos*.

Puede que todo esto nos resulte bastante conocido, tanto que nos animemos a preguntarnos lo siguiente ¿No era labor de la educación los efectos de esta pócima?, ¿no era la educación aquel espacio especializado, exclusivo y destinado a la forja de una mejor

¹ Marco Tulio Cicerón hablará de la *magistrae vitae*. De cómo el pasado es una auténtica maestra en nuestras vidas y es por ello por lo que debemos aprender del pasado para vivir mejor nuestro presente.

² Hartog, François, *Régimen de historicidad: presentismo y experiencias del tiempo*, Universidad Iberoamericana, México, D.F, 2007, pp. 37-41; Paul, Herman, *La llamada del pasado*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, España, 2016, p. 80.



ciudadanía en el mundo? Lamentablemente parece no sucede así. Durante el proceso de escolarización que vivimos hasta que tenemos los 18 años nos educamos en saberes estancos, inconexos y tremendamente reglados bajo criterios más cercanos a lo pedagógico (forma) que a lo intelectual (fondo). Como historiador me veo obligado a identificar mi área: la asignatura escolar de Historia que todos hemos cursado alguna vez en nuestras vidas. Sea de un país o de otro, siempre está presente, tanto en su forma nacional como universal. Y en gran medida vemos en ella parte importante de la culpa de esta enfermedad oculta que mencionábamos. Una enfermedad, o incapacidad, que se nos infunde desde que comenzamos a hacernos preguntas sobre las cosas. Entre otras cuestiones, y a modo de ejemplo, nos enseñan a pensar en código nacional, situando a las naciones como sujetos provistos de una historia, de un pasado que nos pertenece y del cual debemos, más o menos, enorgullecernos o culparnos. Según qué foco utilicemos, nos sentiremos más orgullosos o avergonzados de aquel eterno relato que nos cuenta al detalle una y otra vez en la escuela.

Pero ¿Qué tiene que ver todo esto con nuestras incapacidades ocultas en el terreno de la cognición y la crítica? La enseñanza de relatos nacionales (sobre la nación) y universales (eurocéntricos) nos incapacitaron en su momento de poder gozar de una historicidad diferente y más compleja o, en otras palabras, de poder relacionarnos libremente con algo tan humano como es el tiempo (pasado, presente y futuro). Nos enseñaron que solo existe un (el) pasado, y que a través de este debemos relacionarnos con este tiempo histórico; un objeto monolítico, unilineal e irrefutable que está ligado fundamentalmente al sujeto nación (el país que fuere). En nuestras vidas esto nos genera una hipertrofia de cara a la libre y diversa posibilidad de percibir el y los tiempos históricos. Por no mencionar la tipología de los contenidos que nos obligan a aprender mediante un macabro ejercicio memorístico. En dichos contenidos identificamos a extravagantes actores y protagonistas (reyes, emperadores, dictadores, presidentes) depositados en una narrativa lógicamente relatada, donde suceden cosas importantes (ascensos y caídas en el poder, datos económicos, guerras, etc.) de las cuales no somos parte en ningún momento. Y como consecuencia de todo este tipo de aprendizaje (histórico) se nos termina por generar una percepción desafecta y distorsionada de la política (en general) como “la política”, algo que recurrentemente nos parece como lejano y extraño (sobre el poder político; instituciones políticas, etc.).

Precisamente los historiadores no hemos actuado bien al respecto. Fuimos nosotros, o más bien los historiadores del pasado (siglo XIX), quienes se inventaron dichos conceptos, lógicas y narrativas con el objetivo de impulsar un fin utópico, olvidándose así muchas veces del presente y de todo lo que ello conlleva. Y hablo también en términos colectivos y presentes ya que aún existe un debate importante al respecto (detractores y seguidores), pero que lamentablemente no logra alcanzar la longitud necesaria para conectar con estas realidades de “enseñanza y aprendizaje en incapacidades” que abunda en el sistema escolar del siglo XXI.



En tiempos de COVID-19, de la “nueva normalidad” presente, debemos bebernos la pócima. Sobre todo ahora que podemos, ya que estamos confinados en nuestras casas. Pero para los que no lo están debido a que tienen que seguir trabajando (la situación les obliga por el motivo que fuere), ojalá seamos solidarios y sustituyamos los aplausos de las ocho de la noche por ideas y pensamiento crítico. No estamos ni en un circo, ni en un anfiteatro, ni tampoco en un campo de fútbol. Estamos y vivimos en sociedad, y como tal esta necesita, en otras muchas cosas, de elementos que nos hagan sentirnos y percibirnos como tales: humana, diversa, plural y compleja. Como decimos, no estamos ante una alarma sanitaria únicamente, estamos ante una auténtica crisis transversal que tocará todos los puntos sensibles de un sistema construido erráticamente (nunca se llegó a consumir una revolución liberal), que se ha logrado justificar bajo conceptos que ya no significan nada (democracia). Todo ello bien atado bajo rigurosas normas y preceptos que muchos no entienden y que, a la hora de la verdad, no se cumplen justamente (estado de derecho).

Al final de todo esto, esta contingencia nos puede ayudar a percatarnos que vivimos en sociedades de falsa libertad, desigualdad y egoísmo, traicionando así todo lo que hemos estudiado en clases de Historia desde nuestra más tierna infancia hasta ahora.

Falsa libertad ya que esta no se supedita exclusivamente a la libertad de acción o de movimiento, sino también a un ámbito económico, laboral, político, social, cultural e intelectual. Todo ello fuera de la normalidad a la cual estamos sometidos. En consecuencia nos han limitado, sobre todo en el terreno de las ideas y de la cognición. Sin ellas difícilmente nos daremos cuenta críticamente del resto de nuestras limitaciones.

Desigualdad debido a que somos sociedades que, si bien no somos iguales en términos socioculturales, tampoco lo somos en términos socioeconómicos. En la actualidad nos cuesta más trabajo reconocer nuestras diferencias (diversidad) y no tanto así nuestras desigualdades socioeconómicas. Ambas problemáticas coinciden en que se hacen muy pocos esfuerzos por conquistar una sociedad más igualitaria (socioeconómicos), pero al mismo tiempo desigualitaria (culturales), ya que somos diferentes y es en la diferencia donde tendremos que ponernos de acuerdo.

Y egoísta ya que no somos fraternos. Estamos divididos y atomizados en la sociedad del individuo y de la competencia descarnada (individualismo). En palabras de Adela Cortina diríamos que hemos inculcado una visión aporofóbica de las cosas, de rechazo al pobre, una condición que no deseamos y de la que, por lo tanto, huimos. Y en dicho proceso nos encerramos en nosotros mismos en vistas de una batalla individual de las cosas. Nos posicionamos dócilmente en una esquizofrénica “escalera de la vida” donde no nos percatamos como algunos nacen más arriba y otros más abajo, pero a pesar de ello nos enorgullecemos patéticamente de nuestros falsos progresos y logros.

Ante todo esto nos preguntamos ¿Existe esperanza? Por supuesto que la hay, pero esta solo aparecerá en la medida que despertemos de este profundo letargo llamado normalidad y nos empoderemos en consecuencia. Será muy complicado salir de este



dantesco laberinto, sobre todo si no nos servimos de nuestra pócima. En parte, dependerá de nosotros, pero también del carácter colectivo y solidario de esta noble y necesaria tarea que nos atañe.

LA PROFUNDIZACIÓN DE LA DESIGUALDAD POR LA COVID-19

Iván González Sarro

El coronavirus ha desnudado las desigualdades del capitalismo [...] La política también mata. Desde el decenio de 1980, la política ha avanzado decidida y convincentemente, sin límites ni sensibilidad. Desde entonces, tanto en América Latina como a escala internacional, se ha volcado hacia la optimización de las condiciones de los mercados financieros, de las grandes fortunas y de las empresas. Abrió la puerta a la globalización económica y obstaculizó su regulación social y ecológica. En todo el mundo se descuidaron las políticas de protección social y se destruyó el medio ambiente. Con el desarrollo del neoliberalismo, muchos fueron lanzados a la pobreza. Hoy en día, miles de millones de personas en todo el mundo viven en la miseria.

Hans-Jürgen Burchardt

“Propuestas realistas para que la época del coronavirus sea la del cambio”, *Nueva Sociedad*, n° 286, edición digital, marzo-abril 2020

Introducción

A comienzos de abril de 2020, han pasado ya más de tres meses desde que, a finales de diciembre de 2019, se informó de un brote infeccioso por coronavirus en la ciudad china de Wuhan, capital de la provincia de Hubei, y más de tres semanas desde que, ante el imparable e implacable avance del SARS-CoV-2, la Organización Mundial de la Salud (OMS) declarara el 10 de marzo de 2020 la pandemia a nivel mundial producida por este nuevo coronavirus —conocida como “Corona”, “Virus”, *Disease* (COVID-19)—.

A medida que pasa el tiempo se van dibujando con mayor nitidez todas las aristas de este fenómeno epidémico poliédrico, tan intenso localmente y de dimensión mundial, y sus repercusiones. A mediados de abril de 2020, más de 200 países y territorios están afectados por COVID-19 y, según datos de la OMS, la cifra de personas infectadas en todo el mundo supera los dos millones de personas.

Muchos están siendo los efectos de esta gran crisis global en diferentes ámbitos: salud, económico, político, social, cultural,... Por la crisis sanitaria, y como consecuencia directa de la pandemia y de las medidas tomadas para contenerla, la economía mundial está sufriendo una crisis sin precedentes. Algunos analistas hablan de un cambio de paradigma económico. Se habla del “derrumbe” del capitalismo y del “colapso” de la Unión Europea. Seguramente la ortodoxia del mundo del trabajo se verá alterada. Las instituciones educativas se verán abocadas a la transformación digital. En suma, es muy probable que la realidad, tal como la hemos venido conociendo, se verá modificada como consecuencia de la COVID-19.



Entre estos impactos previsibles parece vislumbrarse sin duda un aumento de la desigualdad. Este texto se centra en este tema, analizándose los impactos de la COVID-19 sobre la desigualdad, focalizando fundamentalmente en tres escenarios geográficos: Estados Unidos, España y América Latina y el Caribe.

Impactos de la COVID-19 sobre la desigualdad

Esta desigualdad se está haciendo ya más visible en la propia forma de afrontar la lucha contra la pandemia. La respuesta de los Estados para intentar contenerla difiere de un país a otro y entre regiones. No es lo mismo disponer de un sistema público de salud universal, como el caso de España, o depender de un seguro médico privado, como en los EE.UU. Es distinta la situación en la India, que dispone de un médico por cada 20.000 personas, o el caso del continente africano, con uno de los sistemas de salud más frágiles del mundo. En el caso de la región latinoamericana, los países destinan unos recursos muy exiguos a la salud pública, a pesar de que gran parte de estos países tienen la salud como un derecho social garantizado por la constitución, tal es el caso de México y Perú, yendo más allá las constituciones brasileña y venezolana, que la establecen como “derecho de todos y un deber del Estado”. Así, México, en 2015, destinó el 2,8 por ciento de su PIB a la salud pública y Venezuela, el 1,9 por ciento, mientras que el promedio en los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) fue del 6,6 por ciento³. Podría decirse que en la región latinoamericana, los sistemas de salud están segregados, ofreciendo diferentes servicios y de distinta calidad a diferentes grupos poblacionales, perpetuando de este modo las desigualdades en salud.

También en las condiciones de los confinamientos, en las que estamos viviendo casi una tercera parte de la población mundial, la desigualdad habitacional se hace más que evidente. No es lo mismo vivir el confinamiento en una habitación con la nevera vacía que en una casa con jardín y con piscina, o en una habitación de 110 metros cuadrados. Las medidas higiénicas recomendadas resultan casi imposibles para muchas personas en India, donde más de 70 millones de personas viven en chabolas, y la mitad de la población no tiene un lavabo en casa⁴. [

Como decíamos, resulta altamente probable que, como consecuencia de los estragos de esta pandemia, la desigualdad se acentúe. Y ello como consecuencia directa de los cambios que puedan producirse en el mercado laboral. Como es conocido, el mercado laboral puede ser una causa subyacente en el aumento de la desigualdad, si no el principal factor generador de desigualdades en muchos países. Las rentas del trabajo, y en particular las rentas salariales, representan la mayor parte de los ingresos de muchas familias, por

³ Rocha, R.; Furtado, I. y P. Spinola (2019). *Garantindo o Futuro da Saúde no Brasil: Necessidades de Financiamento e Projeção de Gastos*. Estudio Institucional n.1. São Paulo: Instituto de Estudos para Políticas de Saúde. [Disponible en: <https://ieps.org.br/wp-content/uploads/2019/11/Garantindo-o-Futuro-da-Sau%CC%81de-Brasil.pdf>, consultado el 15 de abril de 2020].

⁴ Nazanín Armanian, “El virus covid19+Modi organiza una catástrofe social en la India”, *Público*, 2 de abril de 2020. [Disponible en: <https://blogs.publico.es/puntoyseguido/6352/el-virus-covid19modi-organiza-una-catastrofe-social-en-la-india/>, consultado el 15 de abril de 2020].



lo que los niveles de desigualdad que pueden darse a nivel salarial afectan, sin duda, a la distribución general de los ingresos. Estos niveles de desigualdad salarial, en especial la incidencia del empleo mal remunerado, así como el nivel y la tendencia del desempleo en cada país, pueden verse influenciados de forma importante por las características y el funcionamiento del mercado de trabajo. Podría decirse que en muchos países la desigualdad comienza en el mercado de trabajo.

Si damos por hecho, como lo hace la directora gerente del Fondo Monetario Internacional (FMI), Kristanila Georgieva, que el mundo se enfrenta a “una crisis nunca antes vista en la historia”, imaginar los escenarios laborales después de la contingencia no dibuja un panorama halagüeño.

Según el informe elaborado por el FMI en abril de 2020⁵, el “Gran Confinamiento” originado por las medidas que los países han ido implantando para contener la pandemia ha provocado una paralización de la actividad, algo nunca experimentado anteriormente, y una crisis sin precedentes, que provocará la recepción más profunda en la economía mundial desde la Gran Depresión de los años treinta del siglo XX, y será dos veces más grave que la Gran Recesión de 2008.

La pérdida del producto relacionada con esta emergencia sanitaria y con las consiguientes medidas de contención eclipsa por completo las pérdidas que desencadenaron la crisis financiera mundial. [...] Es muy probable que este año la economía mundial experimente la peor recesión desde la Gran Depresión, que relegará a un segundo plano la recesión registrada durante la crisis financiera mundial hace una década. Según las proyecciones, el Gran Confinamiento, como cabría denominarlo, provocará una drástica contracción del crecimiento mundial.”, señala este organismo⁶.

De acuerdo con el FMI, la crisis de la COVID-19 representa el mayor desafío para la economía global desde la segunda contienda mundial. El doble *shock* de oferta y de demanda provocado por la pandemia y las medidas de confinamiento, unido al hundimiento de los intercambios internacionales, ha provocado un parón de la actividad que se extiende a través de todos los continentes.

La pandemia destruirá el 7,5% de la economía de la zona euro, un colapso económico sin precedentes concentrado en el primer semestre. Y los peores afectados son los que más sufrieron en la crisis anterior. España registrará un colapso del PIB del 8% –una revisión de casi 10 puntos porcentuales frente a la previsión anterior–, con una subida del paro a así el 21%. Para 2021 la previsión es de un crecimiento del 4,3%, un rebote de apenas la mitad de lo que la economía perderá este año.

La repercusión de todo ello en el mundo laboral puede ser devastador. De hecho, este impacto ya se está dejando sentir.

⁵ International Monetary Fund (IMF) (2020). *World Economic Outlook*. [Disponible en: <https://www.imf.org/es/Publications/WEO/Issues/2020/04/14/weo-april-2020>, consultado el 20 de abril de 2020.

⁶ *Ibidem*, pp. 1-2.

Estados Unidos

En Estados Unidos, actual epicentro de la pandemia, con cifras de contagiados y fallecidos realmente importantes, y país que resulta un caso paradigmático por cuanto parece marcar la pauta de la desigualdad creciente, las peticiones de ayudas por desempleo alcanzaron cifras récord en la última semana de marzo y la primera de abril. De acuerdo con los datos publicados por el *U.S. Department of Labor (DOL)*, casi 10 millones de estadounidenses solicitaron prestaciones por desempleo, marcando el enorme impacto en el mercado laboral de las medidas de confinamiento de la población adoptadas para frenar los contagios y contener la propagación del coronavirus. Hasta ahora, la peor semana había sido en 1982, cuando se registraron 685.000 peticiones⁷. Y, en las cuatro semanas anteriores al 11 de abril se perdieron 22 millones de empleos. Equivale a todo el empleo creado desde 2009. Se trata de un proceso muchísimo más devastador que el sufrido durante la Gran Depresión. Entre 1929 y 1933 se fulminaron 8,8 millones de puestos de trabajo, según detalla Vegara⁸.

Hay que recordar, en este contexto que en 1935, dentro de las políticas del *New Deal*, el presidente Franklin D. Roosevelt (1933-1945) estableció un plan federal de seguro de desempleo, mediante la Ley de Seguridad Social (*Social Security Act*), que se hizo operativo en asociación con los gobiernos estatales y fue financiado mediante un impuesto a los empleadores, y que, sin duda, supuso un alivio social. Esta Ley junto a otras muchas intervenciones gubernamentales en el mercado laboral después de la Gran Depresión así como en la época de la posguerra y a partir de 1964, en el apogeo de la “Gran Sociedad” (“*Great Society*”), iban a producir un entramado institucional del mercado de trabajo estadounidense, que sería destruido a finales de la década de 1970 y de una manera muy clara con la Administración de Ronald Reagan (1981-1989).

A partir de entonces, en los Estados Unidos, varias reformas laborales —llevadas a cabo tanto por los presidentes republicanos como demócratas, sin grandes diferencias— han producido una degradación de las condiciones laborales de los trabajadores estadounidenses en las últimas décadas, afectando especialmente a los trabajadores de salarios más bajos, como evidencia el descenso, desde 1980, del poder adquisitivo del salario mínimo fijado por el gobierno federal. La disminución de la fuerza laboral sindicalizada, el aumento de la dispersión salarial así como la caída de las rentas del trabajo en relación con su productividad serían otros de los efectos más relevantes de estas reformas laborales (sin duda, con el marchamo neoliberal).

Por otro lado, en EE.UU. no queda casi nada de la red de Seguridad Social después de décadas de recortes y la “Ley de Protección al Paciente y Cuidado de Salud Asequible” (“*Patient Protection and Affordable Care Act*”-PPACA), conocida como el

⁷ *El País*, 3 de abril de 2020. [Disponible en: <https://elpais.com/economia/2020-04-02/casi-10-millones-de-estadounidenses-solicitaron-la-prestacion-por-desempleo-en-las-ultimas-dos-semanas.html>, consultado el 15 de abril de 2020].

⁸ Vegara Carrió, Josep María (2019). *Historia del Pensamiento Económico. Un panorama plural*, Madrid: Ediciones Pirámide.

“Obamacare” junto con la “Ley del cuidado de la Salud y la Educación” (“[Health Care and Education Affordability Reconciliation Act of 2010](#)”), de marzo de 2010, constituyen un Sistema Nacional de Salud no del todo aceptable, aunque esencial. Y desde la política económica de inspiración neoliberal —la llamada “*Reaganomics*”— del Presidente Ronald Reagan (1981-1989), la en otros tiempos próspera y estable «clase media» ha sido “destruida”⁹.

España

Tampoco España había conocido una hecatombe laboral tan virulenta como la registrada en las dos últimas semanas de marzo de 2020. El paro registrado se disparó en 302.365 personas en el mes de marzo respecto al mes anterior. Se trata del mayor aumento de desempleados en las oficinas públicas de empleo de la historia y, aun así, no reflejan del todo el descalabro que sufrió el mercado de trabajo, pues en la segunda quincena de marzo se destruyeron 900.000 empleos¹⁰, de los cuales más de dos tercios eran temporales. En concreto, 613.250 trabajadores con contrato temporal, mientras que la merma de afiliados con contrato indefinido fue de 223.353 personas. En toda la serie histórica de la Encuesta de Población Activa del INE no aparece un periodo tan calamitoso, como se ha dicho. El peor registro corresponde al primer trimestre de 2009, que experimentó una reducción de 770.000 puestos de trabajo¹¹.

El Banco de España prevé, en función de tres escenarios posibles, que la tasa de paro podría escalar en 2020, en media anual, a porcentajes de entre el 18,2%, 20,6% y el 21,7% de la población activa¹².

Este descalabro del empleo deja en evidencia una vez más uno de los mayores problemas del mercado laboral español: la elevada temporalidad. Cuando la situación económica empeora, el ajuste del empleo llega de mano de los temporales, con la rápida destrucción de empleo de los trabajadores más vulnerables¹³.

⁹ Para profundizar sobre este tema, puede consultarse: GONZÁLEZ SARRO, IVÁN (2016). “Evolución de la «clase media» en los EE.UU. (1960-2015): Expansión y Declive”, *Actas de las XVIII Reunión de Economía Mundial - World Economy Meeting, Europa-América: Alianzas Estratégicas en la Economía Mundial - Europe-America: Strategic Alliances in Global Economy*, Universidad de Alcalá, 1-2 de junio de 2016, pp. 315-332. [Disponible en: <http://www.sem-wes.org/sites/default/files/actas%2018rem.pdf>, consultado el 18 de abril de 2020].

¹⁰ Conviene aclarar que estos datos proporcionan una visión incompleta de los efectos sobre el mercado de trabajo de las limitaciones introducidas a la actividad por el confinamiento, ya que una parte aún mayor del ajuste de la ocupación se ha producido a través de los ERTE, mecanismo que no supone una ruptura del vínculo con el empleador ni una baja en la Seguridad Social, aunque sí una interrupción temporal de la actividad laboral. En las estadísticas de empleo, estas personas continúan apareciendo como ocupadas; sin embargo, en un sentido económico, en realidad no lo están.

¹¹ Missé, Andreu (2020). “Los estragos del empleo temporal”, *El País*, 20 de abril de 2020, p. 42.

¹² Banco de España (2020). “Escenarios macroeconómicos de referencia para la economía española tras el COVID-19”, Artículo analítico, *Boletín económico*, 2/2020, p. 23. [Disponible en: <https://www.bde.es/bde/p/3a5cf690ed591710VgnVCM10000064de14acRCRD/webbde/GAP/informacion-embargada/be2002-art1.pdf>, consultado el 20 de abril de 2020].

¹³ *eldiario.es*, 2 de abril de 2020. [Disponible en: https://www.eldiario.es/economia/batacazo-Covid-19-evidencia-temporalidad-Espana_0_1012449701.html, consultado el 18 de abril de 2020].



Hay que recordar, en este contexto, que en España, el devenir del mercado de trabajo en las últimas décadas ha estado influenciado por numerosas reformas llevadas a cabo por gobiernos de distinto signo político pero con rasgos bastante comunes, desde 1980 en que se promulgó el *Estatuto de los Trabajadores* —marco legal y fundamento que regula las relaciones laborales desde entonces—. Estas reformas han estado dirigidas a aumentar la *flexibilidad* laboral, favoreciendo la desregulación del mercado de trabajo y las relaciones laborales, o, lo que es lo mismo, facilitando el despido, reduciendo el poder negociador de los sindicatos y, en definitiva, facilitando la devaluación salarial. A su vez, la mayor flexibilidad ha provocado la generalización de nuevas formas de precariedad laboral, como el trabajo a tiempo parcial involuntario y la recuperación de viejas formas de precariedad, como el empleo temporal. Y todo ello ha provocado la dualidad o segmentación de mercado de trabajo entre trabajadores fijos y aquellos otros que sufren la temporalidad y las condiciones de subempleo. Dicho de otro modo, las reformas laborales no hicieron nada para corregir la temporalidad, el gran problema del mercado laboral español.

América Latina y el Caribe

En América Latina y el Caribe, una vez agotado el superciclo de las *commodities* de 2003-2013, la región enfrenta la pandemia desde una posición más débil que la del resto del mundo.

La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) prevé que la economía de la región se verá impactada en distintos frentes: las exportaciones, el turismo, los suministros, el precio de los productos y la inversión. Las marcadas caídas de los precios de los productos primarios y el deterioro de los términos de intercambio tendrán fuertes efectos negativos en los niveles de ingreso de las economías latinoamericanas dependientes de esas exportaciones. Todo ello repercutirá en un aumento de hasta el 10% del desempleo. La pobreza en la región podría crecer hasta alcanzar a 220 millones de personas frente a los 185 millones actuales. Es decir, la crisis del coronavirus convertirá en pobres a 35 millones de personas más en Latinoamérica. “Incluso antes de la difusión del COVID-19, la situación social en América Latina y el Caribe se estaba deteriorando, con el aumento de los índices de pobreza y de extrema pobreza, la persistencia de las desigualdades y el descontento social generalizado. En ese contexto, la crisis tendrá repercusiones negativas en la salud y la educación, así como en el empleo y la pobreza”, señala el organismo, lo que, sin duda, incidirá en un aumento de la desigualdad en esta región, donde la desigualdad es un problema estructural¹⁴.

Conviene tener en cuenta, por otro lado, que, según un estudio de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la informalidad afecta al 53 por ciento de los ocupados

¹⁴ Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2020). *América Latina y el Caribe ante la pandemia del COVID-19: efectos económicos y sociales*, Santiago de Chile. [Disponible en: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45337/4/S2000264_es.pdf, consultado el 18 de abril de 2020].

en la región latinoamericana¹⁵. Estos trabajadores del sector informal no están cubiertos por la legislación laboral, ni por la seguridad social. Muchos están expuestos a condiciones de trabajo inseguras, sus oportunidades de formación son casi inexistentes, sus ingresos suelen ser irregulares y más bajos, las jornadas laborales son más extensas.

A modo de conclusión

En función de lo comentado, parece evidente que, ciertamente, la desigualdad se va a profundizar como consecuencia de los efectos de la COVID-19, y de una forma directa por el impacto de la pandemia sobre los mercados de trabajo.

Con el objetivo de contener la expansión del contagio de la enfermedad, los gobiernos han decretado el confinamiento de la población en sus hogares y la suspensión de actividades económicas no esenciales. Esta reducción de la actividad productiva se ha dejado notar de una manera singular en el mercado de trabajo, como los datos comentados, referidos al nivel y tendencia del desempleo, han reflejado. Los primeros indicadores disponibles apuntan, por tanto, a un impacto muy severo sobre los mercados de trabajo. Y, como se ha incidido, el mercado laboral puede ser una causa subyacente en el aumento de la desigualdad, si no el principal factor generador de desigualdades en muchos países.

Todo ello nos pone enfrente del sinsentido de la globalización y los dogmas de la ortodoxia neoliberal, que han orientado y dirigido las políticas públicas en las últimas décadas¹⁶.

Quizá no debería sorprendernos que, en general, aquellos países a uno y otro lado del Atlántico, donde tales políticas neoliberales se han aplicado con mayor dureza —con severas políticas de austeridad así como reformas laborales regresivas—, sean hoy también los países donde el daño causado por la pandemia COVID-19 está siendo mayor, y donde hay un porcentaje mayor de profesionales y trabajadores del sector sanitario que han sido contagiados por el coronavirus, resultado de la escasez de material protector.

Resulta paradójico ver cómo, en España, los «héroes» de la lucha contra la pandemia de hoy, los profesionales y trabajadores del sector sanitario, que en porcentajes notables están siendo contagiados por el coronavirus por la escasez de material protector, fueron los mismos que en el año 2012 fueron protagonistas de la «Marea Blanca», manifestaciones recurrentes de lucha contra el desmantelamiento de un sistema sanitario,

¹⁵ José Manuel Salazar-Xirinachs y Juan Chacaltana (Ed.) (2018). *Políticas de Formalización en América Latina. Avances y Desafíos*. Lima: OIT-Oficina Regional para América Latina y el Caribe-FORLAC. [Disponible en; https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---americas/---ro-lima/documents/publication/wcms_645159.pdf, consultado el 19 de abril de 2020].

¹⁶ González Sarro, Iván (2019). *Políticas públicas neoliberales y desigualdad. México, Estados Unidos, Francia y España (1973-2013)*. Madrid: Marcial Pons/Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos (IELAT)-Universidad de Alcalá. <https://www.marcialpons.es/libros/politicas-publicas-neoliberales-y-desigualdad/9788491236573/>



deteriorado por los recortes severos tras la crisis de 2008, contra la precariedad del mismo, las privatizaciones y las externalizaciones.

Estamos convencidos de que finalmente se logrará atajar la pandemia y el COVID-19 dejará de ser protagonista. Pero, hasta que llegue ese momento, deberíamos repensar todo, el modelo de economía, redefinir la sociedad en la que queremos vivir..., y, en todo caso, luchar por construir una sociedad sin tanta desigualdad para evitar que otros puedan aprovechar esta situación para exacerbar todavía más la ortodoxia neoliberal.

CRISIS HUMANITARIA POR CAUSA DEL CORONAVIRUS Y CUESTIÓN SOCIAL: UNA MIRADA INTERNACIONAL

J. Eduardo López Ahumada

El colapso de la economía y sus efectos sociales

Las consecuencias de la pandemia han paralizado la actividad económica y sus efectos son especialmente visibles en el trabajo de las personas. Es preciso destacar que la crisis del coronavirus ha venido a poner en cuestión nuestro modelo de economía, muchas veces insensible con los aspectos sociales y éticos ligados al trabajo de las personas. La crisis del Covid-19 va a transformar nuestro modelo de convivencia social y las bases de nuestro Estado del Bienestar. Estamos viendo como las respuestas de los estados son dispares ante un desafío global, que se traduce en una pandemia histórica, como consecuencia de la rápida e intensa propagación del virus que nos está afectando. Sin duda, se trata de una situación incierta, que nadie previó en su momento, y que estamos intentados asimilar, dando respuestas desde la perspectiva de la soberanía de los estados nacionales.

Desde el punto de vista económico, la situación nos remite a un contexto actual adverso y a un futuro sumamente incierto. Las consecuencias futuras de la crisis van a ser profundas y tendrán un alto coste, dada las consecuencias y la magnitud de la epidemia que está sobrepasando las predicciones iniciales. La crisis del coronavirus ha puesto en evidencia que la globalización no ha funcionado y que es preciso reformular su acción en un mundo global. Ello requiere un nuevo papel proactivo de los estados nacionales y una mayor coordinación de la acción institucional de los organismos internacionales. Por tanto, la respuesta no debe ser reactiva, sino proactiva. Por otro lado, la actual crisis global necesita asimismo de la ayuda de los mercados. Dichos mercados tienen ahora que ser solidarios, sobre todo, desde el punto de vista de la ayuda y la promoción del crédito a los estados y al propio sistema económico.

La necesidad del consenso y de la solidaridad en la Unión Europea

La actual crisis ha evidenciado, desde el punto de vista europeo, la necesidad de lograr mayor entendimiento, colaboración y solidaridad de la Unión Europea con los países más afectados por la crisis sanitaria, cuyas economías se están resintiendo con más intensidad a causa del coronavirus. Es cierto que la Unión Europea no tiene una competencia soberana en materia de salud pública, ya que su función es de coordinación de los distintos sistemas sanitarios. Con todo, no cabe duda de que las críticas contra la Unión Europea son evidentes, y los estados más afectados, como Italia y España, no han dudado en pedir ayuda e insistir en la solidaridad y en la coordinación desde el punto de vista del proyecto europeo de integración.



Evidentemente, las medidas a adoptar van mucho más allá del estricto ámbito sanitario. El apoyo de la Unión Europea consiste en fortalecer la respuesta social a la pandemia. Ello significa establecer fondos sociales especiales para hacer frente al incremento sobrevenido de las prestaciones sociales, así como ayudas al sistema económico. En el ámbito europeo se ha hablado de la puesta en marcha de un plan Marshall adaptado en el contexto actual a los países de la Unión Europea. Precisamente para garantizar los salarios y las prestaciones sociales básicas para los trabajadores y los desempleados.

El especial impacto de la crisis global en América Latina y el aumento de las situaciones de exclusión social

La situación actual supone una crisis de salud global, acompañada de la tan temida crisis económica, con un impacto que hasta ahora no hemos visto. En esta situación la enfermedad va a ser letal ante las capas de la sociedad excluida del sistema de salud. Ello afecta a los colectivos más vulnerables, que no cuentan con una cobertura pública de salud universal. Por ello, es cada vez más importante la presencia del estado nacional en estos momentos, reafirmando la debida protección de la salud de los ciudadanos. Sin duda, esta situación va a reafirmar mucho más los grandes desafíos de la igualdad y la justicia social en la región, observando cómo afecta la enfermedad a los colectivos informales, al indigenismo, a las familias numerosas, a los ancianos, etc.

En general, esta situación de emergencia sanitaria afecta a todos aquellos que se encuentran sin acceso material posible a los servicios de salud. Todo ello es un gran reto, que va a poner en cuestión el verdadero papel de los estados en la región y ello ante el gran desafío de superar el intenso modelo de desarrollo introducido por los postulados del individualismo neoliberal. En América Latina el gasto social asciende a la media del 20 por 100 del producto interior bruto de la región. Con todo, la situación de alarma sanitaria está obligando a todos los Estados a optar por la senda de los subsidios para los segmentos más vulnerables de la población, con medidas sin precedentes en Latinoamérica. Estas son decisiones que iremos viendo si son o no suficientes, así como si hará falta extenderlas, tanto desde el punto de vista de la protección, como de los colectivos afectados. Estamos, pues, ante un nuevo reto que demanda más protección y bienestar social.

El papel de las políticas laborales y sociales como mecanismos de compensación social

En esta situación es ciertamente importante recurrir a las acciones desarrolladas por la OIT. Ciertamente la OIT tiene un especial rol en esta situación de urgencia y dispone de instrumentos para desarrollar adecuadas políticas laborales y sociales de combate a la pandemia. Con carácter general, tenemos los instrumentos internacionales básicos, Convenios y Recomendaciones, que marcan un importante camino a seguir en cuanto al trabajo digno y la justicia social, así como el recurso a los códigos de conducta, guías y manuales de interpretación de los estándares laborales internacionales. Precisamente



ahora, en esta situación de emergencia, la OIT debe focalizar su acción en dar respuestas e índices de tratamiento de una situación ciertamente compleja.

En este ámbito se requieren medidas necesarias de política económica y social, que se canalizan obviamente mediante las reglas nacionales del trabajo. Sin duda, se muestra la importante función del Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social, como sector del ordenamiento jurídico más sensible con la realidad social. Las normas laborales de tutela y justicia social permiten atender las situaciones sobrevenidas orientadas a la protección del trabajador en situaciones de necesidad, unido al necesario salvamento de la economía y de la empresa. Sin duda, la empresa se muestra como un instrumento esencial que asegura el empleo presente y futuro. Efectivamente, esta conjunción de objetivos solamente será posible con el buen entendimiento entre los agentes sociales.

Crisis y colectivos especialmente vulnerables desde una perspectiva internacional

La OIT considera que, al menos, entre 8,8 y 35 millones de personas más se encontrarán próximamente en situación de pobreza laboral en todo el mundo. La pandemia del coronavirus no es únicamente una crisis sanitaria, sino que se presenta igualmente como una crisis de carácter social y económica. Efectivamente, el sistema económico se ha mostrado vulnerable ante los efectos de la propagación del virus. Precisamente, una de las prioridades es la atención inminente a los grupos sociales más vulnerables respecto de las consecuencias económicas de la pandemia. La OIT ha abogado por la adopción de medidas urgentes, que se implementen a gran escala y de forma coordinada. Dichas medidas tienen que tener como objetivo esencial la protección de los trabajadores en el trabajo, el fomento de la economía, la defensa del empleo, la conservación de los actuales puestos de trabajo y la garantía de ingresos mínimos de subsistencia. Sin duda, estamos ante un objetivo sumamente ambicioso, que supone la ampliación de la protección y el apoyo decidido al empleo. En concreto, estas soluciones dan lugar a las suspensiones de los contratos de trabajo, las reducciones temporales de jornada, el recurso a las vacaciones pagadas anticipadas y un amplio despliegue de los subsidios económicos para las personas en situación de exclusión social. Todo ello conjugado con el desarrollo de ayudas financieras, así como mecanismos de desgravación fiscal orientados a las microempresas y a las pequeñas y medianas empresas.

El problema es precisamente cuánto tiempo durará esta situación temporal y qué efectos tendrá en nuestra economía y en el mercado de trabajo. En relación a la protección del tejido industrial, y en concreto de las empresas, se muestra especialmente importante el recurso a las políticas fiscales. Estas políticas permiten contener los costes empresariales de forma transitoria, así como afrontar próximamente un programa de inversión pública para generar un ciclo expansivo de creación de actividad económica. En efecto, estas serían medidas adecuadas para evitar la proyección de una temida recesión económica, que sin las medidas públicas precisas daría lugar a una situación prologada de crisis económica en el tiempo.

Pandemia global y pobreza: el aumento de la desigualdad ante la exposición a la crisis

La pandemia ha venido a empeorar la situación de pobreza en muchas capas de la sociedad y generar así nuevas situaciones de exclusión social, derivado de la desigualdad ante la exposición a la crisis. Ciertamente, el combate de la pobreza se manifiesta como un objetivo esencial en un Estado Social y se evidencia ante esta crisis como un obstáculo efectivo a la prosperidad de la sociedad. Sin duda, todo ello va a demandar por parte de nuestros poderes públicos nuevas políticas sociales que intenten revertir la situación en los próximos años. Se necesitan medidas de apoyo social para los más desfavorecidos ante los efectos de la epidemia y sus consecuencias económicas. La OIT recuerda en su informe que el desarrollo de una adecuada política fiscal y monetaria es esencial, fomentando préstamos y auxilios financieros en los sectores sociales más castigados por la crisis.

Principales medidas nacionales en materia laboral y de protección social

Desde el punto de vista de las medias nacionales, se han venido aplicando diversas fórmulas tuitivas para hacer frente a la emergencia sanitaria. Con carácter general, se ha fomentado la protección de la población trabajadora de los riesgos a la salud. De igual modo, se ha favorecido la continuidad de la actividad económica, acompañando la paralización de la economía con una actividad residual esencial. Todo ello supone un efecto descomunal en el mercado de trabajo, en el conjunto de las relaciones laborales y en los mecanismos de protección social. Esta situación demanda una acción ingente de los estados, que deben mostrarse como la pieza primera y esencial de lucha contra la epidemia ante los efectos sociales de la crisis. Se trata de una situación de garantía de contingencias y de prestaciones sociales, que tiene como fin la protección de la vida, la salud y la dignidad humana.

Las medidas laborales básicas se han asegurado mediante la protección del empleo, la estabilidad laboral, la viabilidad del trabajo a distancia, el fomento de nuevas medidas de prevención de riesgos laborales, la protección del salario, la flexibilidad del tiempo de trabajo, el acceso a la protección social en situaciones especiales y la aprobación de nuevos subsidios económicos para las personas más desfavorecidas. Con carácter general, se trata de medidas de diversa intensidad, cuya acción depende de la política desarrollada por los estados. El denominador común ha sido orientar dichas políticas socio-laborales hacia la flexibilidad y la estabilidad laboral en momentos de crisis, permitiendo a las personas mantener sus empleos y, en la medida de lo posible, sus niveles de renta. Son todas medidas provisionales, que intentan conciliar los intereses antagónicos de forma equilibrada. Se ha recurrido a los presupuestos públicos, mediante medidas en muchos casos de carácter asistencial. Sin duda, una de las medidas de protección básicas es el desempleo, aunque se trata de una prestación social que no se encuentra actualmente extendida de forma adecuada en el mundo. En efecto, ello supone un evidente hándicap en muchos países que carecen de esta protección, al ser la primera herramienta de lucha en situaciones de emergencia.

DE CÓMO LA PANDEMIA SANITARIA DEL COVID-19 SE CONVIRTIÓ EN “PAN-PÁNICO”

Pedro Pérez Herrero

En abril de 2020 todos los medios de comunicación hablan de la pandemia generada por el COVID-19. TV, radio y prensa dedican horas y páginas a este tema. Se narra en tiempo real cómo evoluciona el número de contagiados, los curados y los muertos. Se indica la edad el género de los fallecidos y si tenían enfermedades previas. Los jefes de Estado y los presidentes ofrecen mensajes oficiales con tono grave y caras serias indicando el número de muertos y recordando la necesidad de quedarse en casa para reducir el número de los contagios. Se publican fotos dramáticas de morgues llenas de ataúdes y las cámaras de televisión muestran las calles vacías de las más importantes ciudades del mundo. Los muertos son enterrados en soledad. Mientras tanto, millones de personas confinadas en sus casas aplauden a las 20:00 horas de cada día para mostrar su agradecimiento al personal sanitario, a los policías, al Ejército, a las funerarias, al sector alimentario y del transporte por hacerse cargo de la salud pública, vigilar las calles y garantizar el abastecimiento en los supermercados. Solo se permite salir a la calle con mascarilla a los servicios esenciales (sanidad, policía, ejército, alimentación, transporte). Los millones de ciudadanos confinados solo pueden salir a comprar alimentos al supermercado más cercano o a la farmacia, y llevando su mascarilla y guardando la distancia oportuna cuando se cruza con otro ser humano. Podría ser la imagen de una película distópica del fin de la civilización en la tierra, pero es la realidad. Nunca pudimos imaginar hace dos meses que veríamos estas escenas.

¿Por qué ha generado un pánico generalizado (“pan-pánico”) el COVID-19? ¿Por qué se ha decidido parar la economía del mundo para combatir la pandemia? Si se compara el total de las cifras de muertos causado por el COVID-19 con las generados por el hambre, las enfermedades conocidas (SIDA, infartos, tabaquismo, alcoholismo, obesidad, hipertensión, depresión, suicidios), la violencia (narcotráfico, guerrillas, guerras civiles, golpes militares, I Guerra Mundial, II Guerra Mundial, Guerra de Vietnam, Guerra de Corea, Guerra de Irak, Estado Islámico y un largo etcétera), los accidentes de tráfico, los desastres naturales (incendios, terremotos, maremotos) y los desastres ocasionados por los errores humanos (Chernóbil, Fukushima), se comprueba que el COVID-19 no está ocasionando millones de muertos. A 24 de abril de 2020 la cifra de las muertes ocasionadas por el COVID-19 alcanzaban un total en el mundo de 191.000 fallecidos. La II Guerra Mundial ocasionó, según los cálculos más optimistas, unos 60 millones de muertos; la I Guerra Mundial se saldó con unos 22 millones de decesos; el hambre y la desnutrición afecta a 821 millones de personas en el mundo (según Naciones Unidas 24.000 personas mueren de hambre diariamente en el mundo, de los cuales un 75% son niños de menos de cinco meses).



La Organización Mundial de la Salud (OMS) repitió hasta la saciedad que la única forma de combatir la pandemia era recurrir a la vieja receta del confinamiento (bien conocida en tiempos pasados). Algunos gobiernos quisieron en un primer momento saltarse estas indicaciones sosteniendo la tesis de que era mejor que la sociedad se inmunizara lo antes posible, pero al poco tiempo, cuando comenzaron a llegar los ataúdes a las morgues y los ciudadanos comenzaron a sentirse desprotegidos, los dirigentes negacionistas cambiaron de opinión (muchos de ellos presionados por el descenso de votos que ello podría suponer en las elecciones que estaban por celebrarse). Finalmente, todos los gobiernos acabaron aceptando las indicaciones de la OMS. La política sanitaria del confinamiento ha cosechado en el corto plazo resultados positivos al reducir el número de contagios y fallecidos, pero ha originado una crisis económica mundial de una intensidad desconocida en la historia de la humanidad. A su vez, el parón económico y el aumento del gasto público han desequilibrado las cuentas públicas generando un fuerte déficit.

Hasta mediados de 2019 se había aceptado (bien por unos, mal por otros) que el mundo se había convertido en un escenario hostil, que las nuevas generaciones vivirían peor que las anteriores, que la seguridad estaba en peligro, que el deterioro del medioambiente tendría consecuencias devastadoras, que los servicios públicos (sanidad, educación, seguridad, limpieza) debían recortarse debido a que no había suficientes recursos, que los salarios no podían subir pues había que aumentar la competitividad, que los contratos laborales no podían seguir siendo por tiempo indefinido, sino que debían pasar a ser por horas o por obra realizada, y que los fondos de pensiones debían privatizarse. Calaron los relatos neoliberales de la necesidad de contraer al máximo el gasto público y privatizar las empresas públicas. Se nos decía que el mercado era el único mecanismo en el que poder confiar para gobernar el mundo por ser el más justo y eficiente; y se nos repetía hasta el cansancio que había que reducir al máximo las abultadas maquinarias de gestión del Estado por ser instrumentos corruptos gestionadas por individuos que o bien pretendían tener un lucro privado para alimentar a sus clientelas, o bien estaban en manos de ideologías comunistas pasadas de moda que ponían en peligro el liberalismo económico. Se decía que el mejor Estado era el menor Estado.

A finales de 2019 el mundo se despidió con la noticia de que la economía mundial no iba todo lo bien que debía, que no se había superado la crisis de 2008, y que pese a los recortes no se había generado la confianza necesaria en los mercados y en las bolsas. El año de 2020 comenzó con la noticia de la extensión de la pandemia del COVID-19 por el planeta. Todas las discusiones anteriores de cómo afrontar las crisis económicas, promover los intercambios comerciales, liberalizar los mercados, reducir el déficit público, controlar las inmigraciones, parar las violaciones a los derechos humanos, frenar el deterioro medioambiental, luchar por la igualdad de derechos, y un largo etcétera se detuvieron. Ya solo se comenzó a hablar del coronavirus, las muertes y los confinamientos. Los ciudadanos nos convertimos en expertos en cómo “aplanar” la curva de los contagios. Comenzamos a vivir solo en el presente. No existía futuro y el pasado no importaba. Solo algunos siguieron mirando al pasado para tratar de recuperar viejas utopías en las que refugiarse (Zygmunt Buaman, *Retrotopía*, Barcelona, Paidós, 2017). El COVID-19 nos



dejó congelados, paralizados, inmovilizados en nuestras casas. Aceptamos el confinamiento como un mal menor, pues no había nada mejor que hacer que luchar por mantenernos vivos. Nos olvidamos momentáneamente de los derechos civiles, políticos y sociales por los que habíamos luchado durante los dos últimos siglos. Lo más curioso de toda esta historia es que de repente los viejos defensores neoliberales de los recortes y del adelgazamiento del Estado se mostraron ahora como los más fervientes valedores de las políticas de aumento del gasto público y la intervención del Estado en la economía. Algunos de los más ultramontanos halcones neocons pasaron incluso a defender la renta universal básica, y aparecieron de la noche a la mañana millones de dólares para ofrecer subvenciones y rescatar todo lo que hubiera que hacer. Ningún afiliado a un partido comunista en la década de 1960 pensó que podría ver tal intervención del Estado en la economía defendida por los empresarios y los defensores del mercado. El mundo al revés.

La pandemia generada por el COVID-19 generó en una primera fase un estado de perplejidad generalizado al mostrarnos que el mundo no era tan seguro como creíamos debido a que la ciencia no estaba siendo capaz en tiempo récord de resolver el problema. Durante las primeras semanas los medios de comunicación concentraron su atención en indagar qué laboratorio estaban en disposición de encontrar la vacuna salvadora. Posteriormente, el miedo fue creciendo cuando se comprobó que las instituciones internacionales existentes no estaban funcionando correctamente. Finalmente, comenzamos a darnos cuenta de que la confianza que habíamos depositado durante los dos últimos siglos en que la modernidad y el progreso nos guiaba adecuadamente hacia un futuro siempre prometedor se derrumbaban como un castillo de naipes en unos minutos ante nuestros ojos atónitos. El COVID-19 generó un pánico mundial, no por su letalidad, sino por poner en evidencia la fragilidad del mundo en el que vivimos y que creíamos que teníamos controlado. Un virus, que solo pude verse con un microscopio, derrotó a los ejércitos más poderosos del mundo, desequilibró el mundo, y nos dijo alto y claro que el sistema económico y político en el que vivíamos no era capaz de dar soluciones adecuadas a los problemas de la humanidad. Puso en evidencia que el capitalismo había generado desigualdades sociales y que el sistema democrático se había convertido en una maquinaria electoral dedicada a fomentar los disensos en vez de promover los acuerdos. El COVID-19 nos demostró de forma descarnada que el mundo se enfrentaba a un final de una etapa. No era un problema coyuntural, sino estructural.

La sensación de falta de confianza en un proyecto de futuro no es nueva. Pandemias, enfermedades y catástrofes se han sucedido con regularidad en la historia como demostró brillantemente hace años William Hardy McNeill (*Plagas y pueblos*, Madrid, Siglo XXI, 2016, 1ª ed. en inglés 1976), pero sabemos también que la sensación de pánico generalizado se da cuando una crisis económica, un desastre natural, o una pandemia se combinan con la ausencia de un proyecto de futuro por el que luchar. La peste negra generó un clima de desesperanza durante el reinado del emperador Justiniano en el siglo VI, en plena crisis del imperio bizantino, no solo por el número de las muertes que generó, sino por poner en evidencia que no había una utopía en la confiar. La misma peste negra trajo también un sentimiento de crisis existencial en Europa en el siglo XIV por coincidir



con el final de un sistema de valores. La muerte se acabó conviviendo en algo natural al no ser capaces de visualizar otra alternativa. Se interpretaba que era un castigo divino que había que aceptar estoicamente y que servía además para recordar al ser humano que no era dueño su destino. No había un horizonte con el que soñar. La viruela generó en el mundo náhuatl del altiplano mexicano de comienzos del siglo XVI la misma sensación de vacío al comprobar que no solo estaban muriendo seres humanos, sino una civilización. La mal denominada “gripe española” de 1918, coincidiendo con el final del I Guerra Mundial y el modelo exportador, impulsó parecidos sentimiento de final de ciclo a comienzos del siglo XX. El VIH hizo tambalear al mundo coincidiendo con la crisis económica y de valores de 1980.

Cuando en los próximos meses (no sabemos cuántos) se halla ganado la batalla a la pandemia, se termine el confinamiento y se abran de nuevo las calles a los ciudadanos, comprobaremos que el mundo ha cambiado. Nuestros Estados y las grandes empresas estarán más endeudados, muchas pequeñas y medianas empresas habrán desaparecido, la informalidad habrá crecido, los ingresos de los Estados se habrán mermado, la pobreza se habrá extendido y la desigualdad habrá aumentado. Estaremos ante un escenario de crisis económica, pero con el agravante de que se dará en un escenario de mayor desigualdad social y con Estados más debilitados por estar más endeudados y disponer de menos recursos fiscales para hacer frente a las demandas sociales y las potenciales movilizaciones. Presumiblemente, todo ello provocará un descrédito en las instituciones, un aumento de la desafección política, ya de por sí preocupante en la actualidad, una disminución de la solidaridad internacional cuando más se necesitaba, y una excitación de los nacionalismos excluyentes, los odios, la xenofobia, los supremacismos y los autoritarismos. Cuando más se requería de un consenso internacional, comprobamos que caminamos en sentido contrario entonando el grito del sálvese quien pueda.

A diferencia de las situaciones generadas en el pasado, cuando se activaron economías de guerra en situaciones de emergencia en las que la reducción de la demanda de ciertos bienes y la actividad de ciertos sectores se compensó con la producción de material bélico lográndose que la demanda global quedara estable (y en algunos casos incluso aumentó) y se mantuviera niveles elevados de empleo, la situación actual es diferente ya que se ha generado una reducción en la oferta de muchos bienes y al mismo tiempo se ha recortado la demanda quedando en consecuencia muchos recursos productivos ociosos. Para calmar la situación de pánico, los Estados ofrecieron subsidios a empleados y empresas e hicieron esfuerzos ingentes para tratar de sostener lo mejor posible la salud pública.

El panorama internacional se habrá transformado profundamente también, por lo que será complicado regresar a la casilla de salida. Estados Unidos habrá dejado de ser el salvador del mundo, y China habrá perdido la ocasión de convertirse en una potencia científica-tecnológica con capacidad de ocupar el liderazgo en la solidaridad internacional al haber tratado de beneficiarse de vender a precios abusivos el material sanitario que necesitaba el mundo. Los países comenzarán a comprender que la apuesta que hicieron por comprar insumos básicos a precios bajos en mercados lejanos para reducir los costos de producción



originó una dependencia suicida, por lo que volverán a implementar políticas autárquicas. La Unión Europea, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), la Alianza del Pacífico, el Mercado Común del Sur (MERCOSUR), la Unión Africana, la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) y otras tantas asociaciones regionales quedarán deslegitimadas al comprobarse que sus representantes se enredan en discusiones procedimentales interminables que retrasan la toma de soluciones a los problemas. Una vez más, por desgracia, quedó patente que son instituciones que trabajan para gestionar los disensos, en vez de para construir los consensos.

En toda esta historia que vamos conociendo e intuyendo, resulta llamativo comprobar que muchas de las instituciones que fueron creadas tras la II Guerra Mundial para tratar de mantener el equilibrio en el mundo no hayan hecho propuestas serias. Solo se ha escuchado la voz de la OMS. El Banco Mundial (BM), el Consejo Empresarial Mundial para el Desarrollo Sostenible, el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la Organización Mundial del Comercio (OMC), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y la UNESCO parecen haberse evaporado. Dado que la crisis sanitaria ha devenido en crisis económica y social y que presumiblemente en el medio plazo tendrá efectos políticos y en los equilibrios internacionales ¿no tienen nada que decir estas instituciones? ¿Por qué no actúan en los tiempos de crisis cuando más se las necesita? ¿su silencio indica que son prescindibles?

Necesitamos urgentemente una vacuna y un tratamiento efectivo para reducir los contagios y curar a los enfermos, sin duda, pero requerimos imperiosamente además de un nuevo proyecto de futuro ilusionante basado en la dignidad, la solidaridad y en el reconocimiento de las diferencias. Pero el COVID-19 nos pone sobre aviso también de que un mundo globalizado precisa de un equilibrio internacional, una gobernanza mundial, o como queramos llamarlo, que sea capaz de garantizar la convivencia pacífica de todos. No se trata de crear un único Estado, sino de generar soberanías compartidas con unas reglas básicas de convivencia aceptados por todos. Una economía global no puede expandirse en un escenario internacional lleno de barreras (las fronteras de los Estados-Nación) y los Estados-Nación no pueden replegarse sobre sí mismos, pues ello supone la reducción de sus mercados externos y por ende un recorte en la actividad económica, como sostuvo Dani Rodrik hace ya algunos años.

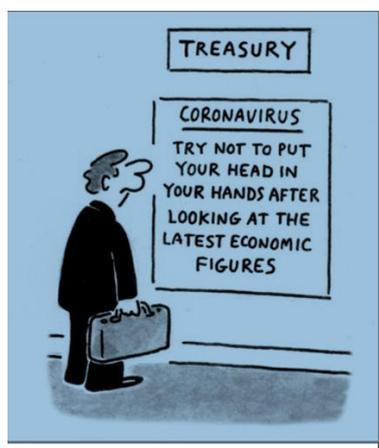
Los principios de libertad, igualdad y solidaridad de 1789 han quedado sobrepasados en 2020. La igualdad y la libertad están confinados, y de la solidaridad nos hemos olvidado. El mundo no está en crisis por el COVID-19. El virus ha acelerado un proceso de desajuste del sistema económico y del modelo de representación político que venía dándose desde al menos la década de 1980. El mercado y el Estado no son los malos de la película como pretenden hacer nos creer algunos, sino el tipo de mercado y de Estado que hemos construido. Debemos volver a analizar por qué y para qué se crearon los Estados a comienzos del siglo XIX. Si abrimos bien los ojos y leemos correctamente lo



que nos dice el COVID-19 podremos ser capaces de construir un futuro democrático de dignidad y de paz, superando los errores y los egoísmos cometidos en el pasado. Si nos empeñamos en interpretar que se trata solo de una crisis sanitaria que saldremos de ella cuando se encuentra una vacuna, tendremos confinamientos y crisis para rato. Las empresas farmacéuticas productoras de ansiolíticos harán caja, y Netflix tendrá un mercado asegurado produciendo películas y series recordando el mundo que se nos fue de entre las manos. Necesitamos potenciar los análisis académicos de Historia y Prospectiva para no depender de los escenarios de corto plazo manejados por empresas para aumentar sus ganancias, o por asesores políticos para ganar elecciones al precio que sea. El COVID-19 nos ha venido a decir que necesitamos un buen mapa y buenos pilotos para navegar en las procelosas aguas del futuro.

¿EL COVID-19 Y EL CORONAVIRUS?: POSIBLEMENTE NO

Daniel Sotelsek



Me gustaría comenzar esta reflexión diciendo que es muy difícil ser original, sobre todo porque en este mismo compendio de escritos ya se ha dicho casi todo, pero si sumamos lo que se ha escrito del COVID-19 hasta la fecha realmente no dan ganas de seguir escribiendo. ¿Qué más se puede decir y sobre todo desde la óptica de un economista? Prueba de ello es que la propia Escuela de Negocios de Londres, solo por citar un ejemplo, emitiera un informe titulado: *The economics of a pandemic: the case of Covid-19* y lo hiciese casi al mismo tiempo que la OMS declarara la pandemia. Esta simultaneidad en los análisis y la urgencia por ser el primero en decir algo, aunque sean obviedades, conjeturas o muchas veces sin sentidos. La verdad es que me sorprende casi igual que la pandemia.

Por otra parte, la pandemia incentiva a que la gente escriba no lo que piensa sino lo que siente, y por ello los ataques a la globalización, al neoliberalismo, al sistema político, a la democracia occidental, a la injusticia y un largo etc., cubren miles de páginas para denunciar lo que denunciaríamos de todas formas, pero reconozco que la coartada del coronavirus es muy buena y justifica introducir todas estas cuestiones que están ahí de forma latente y que no siempre queremos abordar. Pero no os preocupéis que una crisis sanitaria seguida de una crisis económica y social siempre es un buen momento para reflexionar, pero tened paciencia que esto durará bastante tiempo y se podrá escribir lo que queráis.

Entonces vayamos por preguntas, por ejemplo: ¿Por qué no se han escrito todos estos miles de artículos y denuncias contra la globalización antes del covid-19?, ¿es que acaso no sabíamos la cantidad de gente, bienes y servicios que se mueve por el mundo antes de la pandemia? Claro que lo sabíamos. Y no sólo eso, sino que nos hemos beneficiado del sistema, hasta tal punto que el crecimiento de viajeros, la democratización del turismo y

el incremento del comercio internacional. Por dar solo un ejemplo más al respecto mencionaremos que siempre figuraba toda esta información en las páginas de las buenas noticias, o por lo menos en el mundo que disfrutaba de esos beneficios, que cada día es más gente la que lo disfruta, como así lo demuestran algunas cifras relacionadas con la conectividad (número de teléfonos móviles), la tecnología, la salud (vacunas), etc.

El nivel de bienestar (medido casi por cualquier variable) alcanzado por la humanidad en diciembre de 2019 no tiene parangón en la historia, mientras que, permítanme cierta ironía, el virus que hoy nos visita creo que “sí” tiene parangón en la historia de la humanidad. Los recuerdos de otros visitantes nos indican una realidad que, en medio de la pandemia, no siempre se acepta fácilmente: este virus no hará más daño que otros conocidos hasta la fecha. En el siglo XIV la peste bubónica nos ha costado 25 millones de personas; la gripe española 50 millones; el VIH más de 25 millones y las recientes pandemias (SARS, Aviar, Ébola) no llegan al millón de fallecidos. Es probable que el COVID-19 sea una estadística menor en la visita de estos virus a la humanidad. Y si así no fuera, compararla con las grandes pandemias implicaría una letalidad que el virus ya ha demostrado que no tiene.

Entonces la respuesta a mi pregunta muestra que en realidad no nos preocupa el virus *per se*, sino más bien sus consecuencias sociales y culturales puesto que, desde el punto de vista sanitario, existe forma de combatirlo, tanto en una primera fase con nuestros servicios de salud como en una segunda fase con nuestro sistema productivo¹⁷, con todo lo relacionado con fármacos y vacunas que nos hará, en última instancia, retornar a una cierta normalidad. Por ello creo que discutir los detalles sobre las estrategias de mitigación (niveles de contagio cercano a uno) o supresión (niveles de contagio cercano a cero) no afectará nuestras vidas en el mediano y largo plazo. No obstante, como siempre la pregunta será ¿Quién paga el coste de la pandemia?, y no mucho más. La elección de la estrategia es un cálculo sencillo de costes y beneficios económicos y sociales en función de cuándo estará disponible la vacuna.

Otra de las preguntas que están en el ambiente son: ¿Por qué somos tan pesimistas?, ¿por qué tenemos la sensación de que el mundo será distinto, en un sentido apocalíptico, después de la cuarentena? Mi sensación es que la sociedad en su conjunto ha alcanzado tan alto nivel de civismo, convivencia y bienestar que cada vida que se pierde (y no quiero entrar en la discusión sobre la media de edad de la fatalidad del virus)¹⁸ tiene un coste mucho más alto que en el pasado. Entonces lo grave no es el virus, ni su tasa de mortalidad (como un proceso natural de la evolución humana), sino más bien que penalizamos mucho más la pérdida de una vida humana y eso, en sí mismo creo que es una muy buena noticia porque sin duda nos protege justamente de la letalidad de estos visitantes esporádicos; y

¹⁷ Quién podría pensar que la producción de mascarillas se multiplica por 1000 en tan solo unos días. Esto sí que sería globalización.

¹⁸ Por cierto, creo recordar que muchos autores de los que hoy escriben sobre la mortalidad del coronavirus e insisten en que la edad no es lo importante antes una vida humana. No decían lo mismo con el referéndum del Brexit, donde si justificaban que la decisión no había sido adecuada ya que los mayores eran los únicos que querían marcharse, y que los jóvenes querían permanecer en la unión y eso no era “justo”.

nos indica además que no queremos renunciar a nuestro nivel de vida ni para bien ni para mal. No me cabe la menor duda de que todos los gobiernos e instituciones públicas y privadas lucharán para que la tasa de mortalidad sea la menor posible.

Entonces la respuesta a si el mundo será distinto, posiblemente sea afirmativa pero lo que realmente debemos definir es: ¿qué es un mundo distinto? El VIH, por mencionar un ejemplo, cambió en algo nuestras relaciones sociales, e incluso la iglesia católica se vio en la necesidad de justificar determinados principios inalterables durante casi 2000 años. Pero también se hicieron visibles nuevas relaciones que llevaron a que este mundo global e injusto reconociera la diversidad de género y apoyara a la mujer en su lucha hacia la igualdad e incluyera a personas de capacidades distintas (lo que antes llamábamos discapacitados), entre otras muchas cuestiones.

Claro que el mundo ha cambiado y esto forma parte de dicho cambio. Sin embargo, también es cierto que algunas zonas poco desarrolladas o países como Sudáfrica sufrieron esta visita del virus de forma alarmante, y con un coste asociado muy elevado. Quizás hoy en día algún país está pasando por algo parecido. Pero no nos engañemos, lo que verdaderamente importa aquí son dos cosas: si afecta, efectivamente, a todo el mundo (los promedios), y si solo afecta a los países ricos (la intensidad).

Y en ese camino podemos agregar una nueva pregunta: ¿Qué es lo que realmente nos preocupa del virus?, ¿lo sanitario, ¿lo económico?, ¿lo social?, ¿o no será más bien los efectos que este pueda tener de cara al incremento de las desigualdades en el futuro? Lamentablemente no tengo la respuesta. Ni siquiera la intuición de lo que deparará el futuro pero, en todo caso, creo que hay a estas alturas miles de artículos y libros muy profesionales que intentan escudriñar el futuro. Y es por ello por lo que si me permito la licencia de hacer un breve paréntesis y decir que en estas preocupaciones hay una cierta conveniencia de parte ya que a muchos nos preocupa el futuro porque perderemos los trabajos, o porque estaremos más expuestos en el corto plazo a una vida más tranquila (sin bares, ni playas, ni cruceros), pero también porque nos veremos obligados a contemplar un Estado de Bienestar sensiblemente más debilitado por la crisis económica (quizás depresión) que se avecina.

Si hacemos un pequeño ejercicio de prognosis diríamos que, en el mediano plazo, la economía se va a recuperar, y será posiblemente una economía más circular que lineal; más incluyente que excluyente y más beneficiosa para el medio ambiente que lo que fue hasta ahora. Y puede que, posiblemente, el capitalismo actual pase a ser “más humano” que antes. Por otra parte, estoy seguro de que el virus nos ayudará a entender la igualdad de una forma distinta; y además de la idea de comparación personal, también nos preocupará la igualdad de los territorios y de las generaciones, pues la globalidad no solo ha venido para quedarse sino que el propio virus nos ha mostrado que así funciona el mundo, y en ese sentido sí que sería posible una gobernanza global. Por lo tanto, los retos de “la cuarta revolución industrial” que estaban en marcha podrán demorarse, pero sus desafíos siguen aún vigentes.



Son muchas más las preguntas que el COVID-19 nos plantea, pero prefiero dejarlo hasta aquí, ya que una vez pasado el confinamiento y cuando la noticia se diluya (lo digo porque hay acontecimientos muy dolorosos y apenas duran unos días en nuestra pantallas y redes sociales) solo nos quedará nuevamente la gran pelea de cómo salir de una situación difícil, aunque para nada imposible para la humanidad. A mí me queda la esperanza de que la respuesta de la sociedad será a mejor, así como los cambios, sin duda traumáticos al principio, serán asumidos por una civilización que ha logrado instalar en esta pequeña parcela del cosmos, nada más y nada menos, que unos 8.000 millones de habitantes.

Cuando pase todo esto, que por definición pasará, el COVID-19 seguramente quedará en los anales de nuestras estadísticas como un recuerdo que será reemplazado por otra visita inesperada. Y cuando analicemos si el mundo ha cambiado deberíamos pensar si ese cambio no es fruto de nuestro desarrollo histórico; y que éstos visitantes (virus) son paréntesis en el largo recorrido de la raza humana. Eso sí, cada vez más la humanidad estará más preocupada por temas que nuestros ancestros ni siquiera intuían, como la libertad, la democracia, la prosperidad, la igualdad o la gobernanza global.

IMPLICANCIAS DEL COVID-19 EN EL TABLERO MUNDIAL

Adriano Spedaletti

Introducción

Cuando ya transitábamos momentos que se percibía en el mundo una embrionaria “dinámica de la desintegración”, alimentada por la aparición y deficiente gestión de complejos problemas globales, hizo su entrada en el escenario mundial la alarmante emergencia sanitaria que trajo el COVID-19, virus que vino rápidamente a reconfigurar estructuras y reglas en todo el planeta. Pero esas reglas, ¿realmente cambiaron en algunos Estados o en realidad la pandemia llegó para reafirmar determinadas formas ya instaladas en ellos? En todos los niveles de poder se percibe desorientación, existe un estado de confusión reinante por parte de la clase dirigente, que se hace evidente con un sinfín de marchas y contramarchas. El nuevo flagelo sanitario, vino a dejar expuestos a gobiernos, organismos internacionales y bloques de integración.

Los eventos extraordinarios, son oportunos para replantearse sistemas, y sus resultados. Y es eso lo que se está comenzando a vislumbrar. Por un lado están los que consideran que el Coronavirus, es un golpe mortal al capitalismo, otros opinan que vino a desmantelar la globalización, están quienes consideran que se deberán suavizar las condiciones actuales del capitalismo y están también aquellos que, movilizados por una gran pandemia, ven una inmejorable oportunidad para desempolvar de sus viejos cuadernos nostálgicas fórmulas. Lo cierto es que es imprudente predecir lo que vendrá, pero sí es interesante comenzar a analizar los fenómenos que se están dando en el planeta y sobre esa base hacer un ejercicio de perspectivas, término adecuado, ya que en su etimología latina perspectiva es “mirar a través de algo”, pues intentemos mirar más allá, a través de los hechos.

El papel de los ¿nuevos? Estados

De la manera en que Estados están actuando frente al virus nos va entregando señales. Existen aquellos que cierran fronteras, existen aquellos que dictan cuarentenas obligatorias, existen aquellos que para sus cuarentenas apelan a la responsabilidad ciudadana, existen aquellos que paran de una manera total la economía, otros prefieren mantenerla activa, y existen otros que acuden al *big data*. Este último punto es por demás interesante. Los Estados asiáticos van a la cabeza de la profundización de la utilización de datos como herramienta de prevención y control del virus. Nada nuevo bajo el sol. La clave es como se entiende la protección de datos, la denominada esfera de privacidad. En un brillante análisis Byung-Chul Han nos resume los motivos de lo que aquí se menciona: “Estados asiáticos como Japón, Corea, China, Hong Kong, Taiwán o Singapur tienen una



mentalidad autoritaria, que les viene de su tradición cultural (confucianismo). Las personas son menos renuentes y más obedientes que en Europa. También confían más en el Estado. Y no solo en China, sino también en Corea o en Japón la vida cotidiana está organizada mucho más estrictamente que en Europa. La conciencia crítica ante la vigilancia digital es en Asia prácticamente inexistente. Apenas se habla ya de protección de datos, incluso en Estados liberales como Japón y Corea. Nadie se enoja por el frenesí de las autoridades para recopilar datos. En China es posible esta vigilancia social porque se produce un irrestricto intercambio de datos entre los proveedores de Internet y de telefonía móvil y las autoridades. Prácticamente no existe la protección de datos. En el vocabulario de los chinos no aparece el término “esfera privada”.¹⁹ Lo que hace el filósofo coreano, no es más que confirmar que la vigilancia a través de tecnología, aparentemente útil por ahora respecto a la pandemia, no sorprende a aquellos que están acostumbrados a ser vigilados. Pueblos más obedientes por razones histórico-culturales son más propensos a seguir las reglas impuestas. Agregaría un factor más a tener en cuenta, a pesar de la profunda raigambre cultural, tampoco falta el brazo duro del gendarme para sancionar a aquellos que pretendan desviarse del camino marcado por el Estado.

Con relación a los Estados europeos, los mismos se han “cerrado”, creyendo que es la mejor arma para combatir al virus, estrategia que por ahora no está mostrando grandes resultados, ya que el virus es ajeno a la idea de territorio nacional. Cierre de fronteras, restricciones de circulación, y otras medidas unilaterales configuran el mapa. A pesar de que el Banco Central Europeo tomó la determinación de dotar de liquidez al sistema, medida importante, de momento, el Consejo Europeo y el Eurogrupo no han conseguido tomar decisiones coordinadas frente a la crisis, debido al sistema intergubernamental que los rige ya que implica unanimidad, la cual es compleja de lograr. El tiempo apremia, y a medidas que no aparezcan esas decisiones conjuntas trascendentales se alimentarán de argumentos a aquellos que añoran el regreso a los modelos de los viejos Estados-Nación. Por otra parte, puertas adentro de algunos Estados, también se van cerrando sub-puertas. Provincias, Comunidades Autónomas, u otras divisiones administrativas territoriales ante la desesperación y el pánico colectivo comienzan a tomar medidas de manera individual, cerrando inclusive accesos, limitando libertades y traslados.

Ante esta situación se presentan dos opciones: una, que prime la racionalidad y estas medidas sean sólo justificables en caso de estado de excepción, o dos, que algunos Estados le tomen el gusto al control sin controles y se acostumbre a gobernar como si todo fuera estado de excepción, como teme Giorgio Agamben, el estado de excepción pasaría a ser la situación normal. Mientras más aumenten las expresiones políticas que apunten a exacerbar la soberanía nacional y aspectos pasionales en lugar de racionales seguramente el sueño Europeo de Shuman, Adenauer y Monnet se encontrará en serio riesgo.

¹⁹ Biung Chul Han. “La emergencia viral y el mundo de mañana”, 21 de marzo de 2020. Disponible en: <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>



El cuadro en Latinoamérica no es muy diferente al de Europa. Escasa coordinación por parte de organismos regionales, estrategias unilaterales por parte de cada Estado, lo que nos indica que en Latinoamérica los Estados son el sujeto de Derecho Internacional que toma las decisiones, cosa que nunca dejó de ser así, por lo cual no hay sorpresa en esto. En general, cierre de fronteras, cuarentenas obligatorias, y economías paralizadas. Lo que hizo el virus fue simplemente generarle una herida de muerte a unas economías que ya se encontraban en muy mal estado. Con un condimento extra preocupante, la economía informal, muchos trabajadores en el sector informal serán invisibles ante las agencias de gobierno, pues no existe registro de ellos en el seguro social ni en los padrones de contribuyentes. Además, “la actual situación puede empeorar los problemas de gobernabilidad, especialmente tras la oleada de estallidos sociales de 2019. Todo puede complicarse si sumamos el previsible colapso económico y la ineficiencia de las administraciones para afrontar el COVID-19, de modo que se incrementaría la ya elevada desafección hacia las clases dirigentes”.²⁰

Ante este estado situación, la mayoría de los Estados Latinoamericanos seguramente apostarán por una “estrategia de cooperación por instinto de supervivencia”, por necesidad, porque simplemente no tendrán muchas alternativas. Sin embargo, eso no implica que se discuta en el marco de procesos regionales, por la sola razón de que los líderes de la región no lo entienden prioritario en ese ámbito. El riesgo, será otro viejo conocido en la región, que algunos líderes embriagados por la concentración de poder confundan autoridad con autoritarismo, descuidando la república y la ley. En el caso latinoamericano, no es necesaria una pandemia para cometer vicios, lo que hace la misma es sembrar el caldo de cultivo para justificarlos.

¿Cuál es el rol de la UE ante la crisis?

La Unión Europea es un proceso dinámico, como tal, cada etapa de problemas globales, como la nueva emergencia sanitaria, plantea nuevos desafíos y debates, tal vez hoy, como nunca antes en la historia. Es importante destacar que la mayoría de los problemas que se generan en que la UE muestra dificultades para gestionar, es por lo que la Unión no es, no por lo que es. Es decir, por su falta de competencias. Ya vivíamos un proceso en donde muchos estados miembros luchaban por mantener intacto su actual nivel de soberanía, e incluso algunos pretendían recuperar parte de la que ya cedieron a las instituciones comunitarias. El COVID-19 obligará a los 27 a poner las cartas sobre la mesa. Tal vez no sea el momento de discutir sobre la base de tratados, instituciones, u otros aspectos burocráticos, es el momento reflotar valores. Si se discute supranacionalidad y soberanía en este momento la política interna encontrará la tangente para eludir responsabilidades, como lo hace hasta el día de hoy, ya que sirve para hacer difuso el mensaje al ciudadano.

²⁰ Malamud, Carlos y Núñez, Rogelio. “Crisis del coronavirus en América Latina: un incremento de presidencialismo sin red de seguridad”, 2 de abril de 2020. Disponible en: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano_es/zonas_es/ari34-2020-malamud-nunez-crisis-del-coronavirus-america-latina-incremento-presidencialismo-sin-red-seguridad

Manifiesta el ensayista Daniel Innerarity en su obra “Comprender la Democracia” que, “una de las fuentes de ilegibilidad de la política es su inserción en ámbitos supranacionales que le hacen perder inteligibilidad; se difuminan los espacios delimitados de referencia y las interdependencias hacen que se difumine la competencia, el mérito y la responsabilidad. Factores exógenos explican mejor lo bueno y lo malo que nos pasa que las decisiones propias”.²¹

En el aspecto económico, la gravedad del shock que se espera parece terrible. Los expertos cifran entre el 2% y el 3% la caída del PIB por cada mes de confinamiento. Thierry Breton ve diferencias entre la gran recesión de 2008 y la gran infección de nuestros días. “Ya no se trata del difuso concepto de hipotecas tóxicas troceadas y vendidas en complejos productos financieros. Es el cierre del bar de la esquina, el centro comercial del barrio y el aeropuerto de la ciudad. La crisis de 2008 afectaba a los bancos y estaba más lejos de los consumidores. Ahora golpea a ciudadanos y empresas”.²² Los Estados deberán afrontar la crisis económica en su conjunto, “eurobonos” tal vez sea una respuesta. Será una prueba de fuego para el entendimiento de los del “norte”, y los del “sur” de Europa.

Desde el punto de vista democrático, independientemente que la Unión Europea (UE) podría mejorar aspectos de canales de representación, lo cual dotaría de mayor legitimidad a las decisiones supranacionales. Lo cierto es que nos encontramos ante un escenario de empobrecimiento de las democracias en general, que se ve acentuado ante situaciones de pánico generalizado. Hay que hacer foco en ello, ya que, mientras el Estado-Nación siga siendo el sujeto de Derecho Internacional por excelencia, serán estas las bases que alimenten de democracia, en definitiva, a las instituciones por ellos mismas creadas. A pesar de que se da el fenómeno de la proliferación de mayor cantidad partidos políticos, lo cual indicaría por una parte un enriquecimiento de opciones para la ciudadanía, este mismo fenómeno ha resultado contraproducente para determinados avances de los procesos de integración y gestión de crisis, ya que dificulta el logro de consensos. Esto implica un desafío, que puede canalizarse por la vía de intereses y valores comunes, para salvar vidas. El empobrecimiento democrático entonces, debe ser analizado con mayor énfasis puertas adentro, no en los órganos del bloque, dichos órganos son, en gran medida, el reflejo de los asuntos de política interna de cada Estado.

La ecuación “más Europa” tendrá una mejor perspectiva si hay más y mejor democracia en sus integrantes. “La primera lección que se habría derivado es que la base sobre la que se asienta la parte más exitosa del conjunto de esfuerzos ligados a la integración es la fortaleza de la democracia a escala nacional. El deterioro de la calidad democrática de los Estados miembros de la Unión Europea conlleva, inevitablemente, al debilitamiento de la capacidad de acción de esta. Dado que la construcción de una democracia supranacional parece demorarse, la mejora de la calidad democrática de los Estados

²¹ Innerarity, Daniel, “*Comprender la democracia*”. Ed. Gedisa, Barcelona, 2018, p. 40.

²² Breton, Thierry, “Tras esta crisis se escribirá un nuevo mundo con otras reglas”, 31 de marzo de 2020, disponible en: <https://elpais.com/economia/2020-03-31/thierry-breton-tras-esta-crisis-se-escribira-un-nuevo-mundo-con-otras-reglas.html>



miembros de la Unión debería ser tarea prioritaria del europeísmo actual. ‘Más Europa’ debería significar e implicar mejor democracia nacional y, si cabe, supranacional”.²³

Muchas de las conquistas de la UE parecen olvidadas y probablemente sólo si dejaran de existir las percibiríamos. Es el momento en donde solidaridad, democracia, cooperación, entre otras, serán puesto a prueba. Los grandes desafíos globales, están generando un cada vez mayor desgaste en las entrañas de las instituciones de la UE. Es el momento de volver a dar vida a las grandes enseñanzas de los padres fundadores, ya que como predicaba Monnet: “Europa se forjará en crisis y será la suma de las soluciones adoptadas para esas crisis”.²⁴ La crisis económica y sanitaria actual requiere de una coordinación europea como nunca antes en la historia, que alimente valores y principios esenciales. Valores los cuales, inicialmente los Estados decidieron comprometerse a respetar. Vemos como hoy todo se deconstruye, todo se hace relativo, nada es absoluto. Lamentablemente los valores europeos también han entrado a ser juzgados. No debe perderse de vista que esos valores comunes pusieron freno a largos años de atrocidades, en donde el paisaje, anodino y arrasado, de crueldad y falta de sentido común inundaba el continente. Ni el propio Pieter Brueghel en su obra *El Triunfo de la Muerte* pudo imaginar tan horroroso escenario. El pasado sombrío y un futuro incierto debiera ser motivo suficiente como para convencernos de que es noble continuar luchando por ellos.

¿Fin de la Globalización?

Una encuesta de *YouGov* para la alianza de medios LENA, revela que el 43% de los encuestados cree que la globalización debe disminuir (frente a sólo el 15% que pide que se aumente) para evitar otra epidemia de estas dimensiones, pero que la UE debe actuar más cohesionada (59%, frente a un 20% más nacionalista). La encuesta se realizó en plena pandemia, entre el 24 y el 30 de marzo, en Francia, Alemania, Italia, Polonia, Suiza, Bélgica, el Reino Unido, España y Estados Unidos.²⁵

Ulrich Beck, enseñaba hace ya algunos años que “paradójicamente se responde a la globalización con la renacionalización”.²⁶ Pero sin embargo, los números nos indican que se da una nueva paradoja. ¿Menos globalización pero “más Europa”? ¿Menos globalización pero más interconexión? Lo cierto es que esta crisis recién está comenzando y los nuevos caminos recién se están transitando. Para seguir agregando condimentos a la confusión, la amenaza global del COVID-19, dará lugar a la solidaridad “global”, pero también aumentarán las tensiones entre Estados. Así como también existe riesgo latente de aumento de xenofobia y discriminación alimentada por el pánico. Sin lugar a dudas,

²³ Guirao Fernando y Pich Mitjana Josep, “¿Una Unión Europea en Crisis? Reflexiones Para un Debate Urgente”, Editorial Catarata., Madrid, 2019, p. 45.

²⁴ Monnet Jean, “Memoirs,” traducción de Richard Mayne. Doubleday & Company, Nueva York, 1978, p. 417.

²⁵ elpais.com “La ciudadanía pide una respuesta más unida de la UE ante la pandemia”, 02 de abril de 2020, disponible en: <https://elpais.com/internacional/2020-04-02/la-ciudadania-pide-una-respuesta-mas-unida-de-la-ue-ante-la-pandemia.html>

²⁶ Beck, Ulrich, “Qué es la Globalización”. Editorial Paidós Estado y Sociedad, Buenos Aires, 1 ed. 1. 2008.



los aspectos más profundos de la raza humana aflorarán, para bien y para mal. Los grandes horizontes colectivos pueden ser una esperanza para muchos o un engaño para otros. Tal es el caso de Frédéric Lordon quien interpreta que "la mención de los grandes horizontes mundiales sirve invariablemente como evasiva para todas las estrategias del eterno lamento".²⁷

Entonces, están quienes creen que estamos ante el fin de la globalización y el capitalismo, como Žižek, quien considera que el Coronavirus "es un golpe al capitalismo al estilo de *Kill Bill*"²⁸. Lo cual es exagerado, hay cuestiones que no se pueden detener, difícilmente se detenga el mercado. Todo se mueve, todo cambia: los hombres, los objetos, las músicas, las imágenes, las ideas. Como señala Sorman, "ese movimiento general y ese desplazamiento de identidad constituye lo que llamamos globalización. En ella no hay límites territoriales, ni culturales, ninguna frontera".²⁹ Tal vez hoy, sí nos enfrentemos a épocas nuevas de ciertas restricciones, restricciones por temor a lo incierto, lo cual no implica desaparición de un sistema, sino reconfiguración. "Hay que elegir entre sufrir los procesos o gobernarlos".³⁰ La idea de que en la época de los riesgos globales es posible actuar bajo el lema "esto lo solucionamos por nuestra cuenta se revela fatalmente engañosa".³¹ La exhibición de soberanía reinante no ha servido de nada, inclusive para las grandes potencias, como afirma Kissinger; "Ningún país, ni siquiera Estados Unidos, puede en un esfuerzo puramente nacional superar el virus".³²

Es momento de alimentar nuevamente una conciencia universal; "Después de la Segunda Guerra Mundial se logró cuajar la conciencia universal de que la forma de asegurar la paz era la cooperación entre los Estados, sobre la base de un marco común de referencia."³³ Lo que tendremos frente a nosotros, probablemente, en el corto y mediano plazo será la aumento de la práctica de *disaster diplomacy*, que arrojará seguramente mayor cooperación y mejora de vínculos entre Estados y organismos multilaterales a raíz de la emergencia sanitaria, esto no quita que habrá también fuertes tensiones. En ese inteligente juego de *soft power* se verá que Estados se reposicionan como líderes globales. Mientras Estados Unidos no pueda recuperarse del duro golpe que la pandemia está generando en la salud y economía, dejará casilleros disponibles que gustosamente otras potencias estarán dispuestas de ocupar. El virus sensibiliza sociedades, y habrá que ver qué Estado se presenta como más apto para adoptar ese nuevo rol.

²⁷Lordon, Frédéric, "Adiós a las Finanzas. Reconstrucción de un mundo en quiebra". Ed. Le Monde diplomatique. Capital Intelectual. Buenos Aires, 2011, p. 192.

²⁸ Žižek, Slavoj "Sopa de Wuhan". Editorial: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), Bs. As., 1.a edición, marzo de 2020, p. 21-28

²⁹ Sorman, Guy "Wonderful World", Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 2010.

³⁰ Ballerin Michele, "Gli Stati Uniti di Europa spiegati a tutti.- Guida per i perplessi", Ed. Amarante, Madrid, 2019, primera edición en castellano, p. 22.

³¹ Beck, Ulrich, "Una Europa Alemana". Ed. Paidós y Sociedad, Buenos Aires, 2012.

³² Kissinger, Henry: "La pandemia de coronavirus alterará el orden mundial para siempre", 05 de abril de 2020, disponible en: <https://www.infobae.com/america/eeuu/2020/04/05/henry-kissinger-la-pandemia-de-coronavirus-alterara-el-orden-mundial-para-siempre/>

³³ Casanueva, Héctor. "¿Soberanía v/s multilateralismo?" , 20 de diciembre de 2018. Disponible en: <https://www.americaeconomia.com/analisis-opinion/soberania-vs-multilateralismo>. 20 diciembre de 2018



Reflexiones finales

La emergencia sanitaria que se está atravesando, será sin lugar a dudas una bisagra en la historia de la humanidad, una oportunidad para reformularse las preguntas fundamentales. Los valores y los principios de la humanidad se verán puesto a prueba, el mundo se muestra más incierto, pero un mundo más incierto, como señala Innerarity, “no tiene por qué ser menos democrático, que el desaparecido mundo de las certezas”.³⁴ Circunstancias extraordinarias, requieren hombres extraordinarios; hoy no se vislumbran líderes que se adapten a tal premisa, por lo que la comunidad internacional, la comunidad científica y diversos actores sociales ocuparán un lugar preponderante. El desastre implica también un aumento de cooperación, el mundo hará ciencia en conjunto, se compartirán determinados datos. Ciencia que se pondrá al servicio de la vida, de la cual nunca debería haber dejado de estarlo. Los Estados por un buen tiempo, se verán compelidos por las propias sociedades, a proteger el valor vida, con mecanismos que indefectiblemente restringirán libertades. Los reclamos, por ahora serán canalizados de manera nacional, ya que los organismos internacionales o multilaterales, al no tener fuerza ejecutiva, nada podrán hacer por el momento. Naciones Unidas, por ahora, refleja su verdadera cara, ineficaz.

Respecto a esto último, una crisis también brinda oportunidad de reflexión. Una vez contenida la emergencia sanitaria, será momento de repensar bloques de integración y organizaciones de todo tipo. De esa reflexión, surgirá, o no, la posible reconfiguración del concepto de soberanía. En el caso que al COVID-19 lo detenga la tecnología de los datos, es decir triunfen algunos países asiáticos en el seguimiento y contención “virtual” del virus, pues entonces es muy probable que se dé la predicción de Byung Chul Han, quien señala que la nueva soberanía será la de los datos. Y quien maneje más datos de la población con *big data* será quien acumule más poder y quien en definitiva tome las decisiones. La globalización sufrirá embates pero, a pesar de ello, peleará por seguir vigente, ya que la propia ciudadanía entenderá que será la propia globalización quien a través de la interconexión entregará al mundo el tratamiento o vacuna.

³⁴ Innerarity Daniel, Solana Javier, “La humanidad amenazada. Gobernar los riesgos globales”, Ed. Paidós, Barcelona, 2011.



SEGUNDO BLOQUE

CARTAS PARA UN EXTRATRERESTRE (EDICIÓN COVID-19)



CARTA PARA MI QUERIDO EXTRATERRESTRE

Aitor Díaz-Maroto

Querido extraterrestre:

Como te puedes imaginar si has conseguido darte una vuelta por nuestro planeta antes de entablar esta correspondencia (te felicito si lo has conseguido porque está la cosa complicada), no has podido elegir un mejor momento para caer aquí. Bienvenido a la pandemia del siglo XXI. Lo llaman coronavirus o COVID-19, y ha conseguido que todos nos quedemos en casa durante unos cuantos días. A ver cómo consigo explicarte qué es lo que está pasando y, sobre todo, qué es lo que va a pasar. No quiero meterme en asuntos médicos, biológicos y todo eso que me queda ciertamente lejano, prefiero fijarme en otros aspectos.

Desde hace unos meses, gran parte de los Estados-nación que existen en este planeta (la forma de organizarnos territorial y socialmente que nos hemos dado desde hace unos doscientos años) han confinado a sus poblaciones en cuarentena en sus casas debido a la existencia de un nuevo virus sobre el que no tenemos control, se sabe poco y, para colmo, no hay cura. Pronto empezaron las especulaciones sobre quién lo había creado: China, Estados Unidos, los masones o una conspiración comunista-reptiliana que pretende dominar el planeta (si este era tu objetivo, creo que se te han adelantado). Lo realmente importante en todo esto es que, debido a este nuevo escenario, se están barajando una enorme cantidad de variables sobre un nuevo mundo o unas nuevas sociedades que van a cambiar abruptamente tras el paso de esta crisis global.

Perdóname mi abrupta y ruda sinceridad, pero aquí poco a nada va a cambiar. Como mucho se moverá el tablero geopolítico hacia un eje asiático liderado por China ya que, al ser el primer país afectado por este nuevo virus, es bastante probable que sea el primero en retomar la normalidad y con cierta ventaja sobre su rival por la hegemonía mundial, Estados Unidos. Sin embargo, esta lucha inicialmente a cuatro (Estados Unidos, China, Unión Europea y Rusia) se lleva desarrollando durante muchas décadas, aunque ahora se haya puesto de moda hablar de enfrentamientos por la hegemonía en el planeta y se hayan reducido los contendientes casi a dos únicamente (China y Estados Unidos). Sí, es bastante posible que la próxima visita que realices tengas que aterrizar en Oriente y no en Occidente, pero poco más va a cambiar (que ya es mucho y suficiente).

Esta crisis global también ha demostrado que ni los Estados-Nación funcionan (como ya se estaba observando desde hacía unos años), ni los grandes organismos de gobierno mundial están sabiendo responder. Quizás estos últimos estén fracasando debido a su dependencia de los primeros, o simplemente se deba a que tampoco pueden ser la respuesta a una crisis planetaria. No tengo la menor idea. Simplemente sé que, en estos



días, se está viendo que los valores de solidaridad y unidad con los que se creó, por ejemplo, la Unión Europea, han saltado por los aires en un loco sálvese quien pueda que, de nuevo, enfrenta a un norte que se cree superior moral y económicamente con un sur que cada vez tiene más hinchada la vena del cuello y puede acabar mordiendo a quien le tiene atado.

Si, por el contrario, pensábamos que organismos como la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) o la OMS (Organización Mundial de la Salud) iban a ayudar, lo llevábamos claro. La primera ha demostrado que todos los países son aliados hasta que aterriza en tu país un avión con ayuda médica para otro Estado. En ese momento priman tus necesidades nacionales sobre las de tu vecino, aunque tú tengas dos diagnosticados y tu vecino lleve diez mil muertos. Y no quiero entrar a valorar las respuestas de los Estados-Nación, ya que es bastante probable que mis otros compañeros hayan conseguido explicártelo de mejor manera y más ameno. Te puedes hacer una idea de mi opinión de unas formas de organización que han optado ya decididamente por arrojarse en manos de un exacerbado y loco ultranacionalismo que se dedica a difundir *fake news* y a pedir la intervención militar para, en última instancia, solucionar una situación que a todos les está viniendo muy grande.

Si los Estados-Nación no funcionan y las organizaciones de gobierno supranacionales tampoco, ¿qué puede quedar como asidero en este naufragio global? La sociedad, puedes pensar. Pero cierto es que tampoco se salva. Este virus va a adelantar una crisis económica que muchos ya venían anunciando. Parar la economía mundial globalizada de golpe durante dos o tres meses va a pasar una factura enorme (a los de siempre, ya sabes) pero estos mismos especialistas dicen que es muy probable que sea una crisis “en V”, es decir, que se produzca una rápida caída y una igualmente rápida recuperación. Esperemos que así sea porque, si no, la eterna generación del “casi” vivirá una segunda crisis económica que puede terminar de rematarla y convertirla en la eterna generación “perdida” o, como me gusta llamarla a mí, “abandonada, escupida, asesinada y enterrada en cal viva”. De igual forma, hay otros que piensan que la sociedad va a despertar tras el confinamiento y se va a dar cuenta de que este sistema necesita una reforma general que vaya desde la ordenación territorial, los Estados-Nación, hasta el mismísimo capitalismo de consumo que tanto impera en todo el planeta. Nada más lejos de la realidad, querido amigo extraterrestre.

De los que hoy aplauden en sus balcones a los sanitarios a las 19:58 (inicialmente era a las 20:00 pero el ansia del contacto social, aunque sea en la distancia, nos hace salir antes de tiempo), más de la mitad volverán a votar a partidos que recortan en Sanidad Pública y volverán a considerarlos unos mantenidos de por el Estado cuando se pongan en huelga por mejorar su situación. Y de todos esos que ahora viven tan indignados por toda esta situación, tres días después de que se levante el confinamiento volverán a arreglar el país desde “la cátedra del bar de la esquina” al fino ritmo y compás de la “cañita con aceitunas”. En definitiva, no va a cambiar nada. Las transformaciones esenciales que se necesitan no van a venir ni de una masa empoderada y concienciada con el cambio, ni de

una élite que va a sentir una leve brisa de toda esta nueva crisis, ni, por supuesto, de los “ni de izquierdas ni de derechas” que su mayor aportación para el gran cambio que esta sociedad necesita será conseguir irse una semana a Benidorm este agosto y presumir de ligues que nunca existieron.

Quizás haya sido demasiado pesimista, amigo extraterrestre, pero, sinceramente, no creo que las transformaciones que necesita este sistema (bien sea a nivel nacional o a nivel internacional, incluso a nivel local, distrital o familiar) no se van a dar a causa de este virus y la pandemia global que está protagonizando. Esta forma de organizarnos social, económica, cultural y políticamente lleva en crisis desde hace muchas décadas y cada año es el definitivo, en el que todo caerá y renacerá un mundo nuevo. Siento desilusionarte, amigo, pero esta caída, como todas las anteriores, no será la definitiva. Será una más en la larga lista de “¡Uy, casi!” que hemos ido construyendo. Otra nota más en la gran canción que es el “que todo cambie para que no cambie nada”. Ojalá me equivoque y por fin seamos capaces de plantarnos y decir “hasta aquí”, romper con lo anterior y construir algo nuevo, pero tengo mis dudas y mis reservas.



DECLARACIONES DE INTERDEPENDENCIA O UNA BREVE HISTORIA DE IMPERIOS Y NACIONES ÚTIL PARA QUE EL EXTRATERRESTRE ENTIENDA LA CRISIS DEL COVID-19

Rodrigo Escribano Roca

Querido forastero extraterrestre:

Consciente de que los autores de este volumen te estamos abrumando de informaciones y teoremas para hacerte partícipe de las contradicciones de nuestro mundo, trataré de limitarme a contarte una historia. Esta historia se asemeja bastante a todas las historias que los terráqueos contamos sobre nosotros mismos: es un relato de luces y de sombras, de dinastías extintas y de sueños frustrados. Es un relato de ocasos y de amaneceres, de pandemias terribles y de curas prodigiosas.

En su magnífico libro sobre la historia de los imperios conocidos, John Darwin nos cuenta que Tamerlán, el gran señor de los timúridas, aspiró a gobernar sobre todo aquello que se encontraba cubierto por el anchísimo cielo³⁵. Este caudillo musulmán, que recorrió, sable en mano, las llanuras de Anatolia, las quebradas del Cáucaso y las mesetas iraníes, fue el último de una saga de conquistadores que aspiraron a darles un soberano común a todos los pueblos de la borrosa Eurasia. Al gran Tamerlán se lo llevaría una enfermedad en el año 1405 de la era cristiana, justo cuando se disponía a extender su poder sobre la China de los Ming. Sin embargo, su sueño no moriría del todo, más bien se transformaría. Los anhelos de reinar sobre el vastísimo espacio de la *ecúmene* (el mundo conocido), alimentados por las tradiciones grecorromanas, cristianas e islámicas³⁶, siguieron inoculándose en las mentes de muchos gobernantes poderosos. Carlos V, Solimán el Magnífico, Iván el Terrible, Napoleón: a todos ellos les movió la fiebre del dominio universal. De hecho, es aventurado pero posible afirmar que, entre la muerte de Tamerlán y la fundación de la Organización de Naciones Unidas (ONU), los imperios se consolidaron como la forma de organización político-territorial más extendida por el planeta.

Jane Burbank y Frederic Cooper nos explican que las monarquías y repúblicas imperiales -no olvidemos que Venecia y Génova también tuvieron sus dependencias ultramarinas- se caracterizaron por articular estructuras de poder dinámicas y pluralistas, capaces de garantizar la obediencia de un conjunto multilingüe, multiétnico y culturalmente amorfo de súbditos. La legitimidad del imperio solía fundamentarse en mitos político-religiosos, en sistemas de violencia organizada, en cooptaciones clientelares y en procesos de

³⁵ John Darwin, *After Tamerlane: The Global History of Empire since 1405*. (London: Allen Lane, 2007).

³⁶ Brett Bowden, *The Empire of Civilization: The Evolution of an Imperial Idea* (Chicago: University of Chicago Press, 2009), <http://public.eblib.com/choice/publicfullrecord.aspx?p=448527>.



asimilación. Pero también se fundamentaba en la capacidad de las dinastías y corporaciones soberanas para negociar con los poderes locales la continuidad de sus tradiciones jurídicas y de sus libertades consuetudinarias. El dominio vertical, el privilegio corporativo y el pluralismo jurídico garantizaron la existencia de estos imperios, que hicieron de la unidad en la diversidad el secreto de su poder³⁷.

Solo en 1776 surgiría un desafío definitivo a los sueños de esta tropa de tamerlanes. Cuando el sol del cuarto día de julio se elevaba sobre la todavía modesta ciudad de Filadelfia, el Congreso Continental allí reunido entonó una Declaración que afirmaba lo siguiente: “Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se hace necesario para un pueblo disolver los vínculos políticos que lo han ligado a otro y tomar entre las naciones de la tierra el puesto separado e igual a que las leyes de la naturaleza y el Dios de esa naturaleza le dan derecho, un justo respeto al juicio de la humanidad exige que declare las causas que lo impulsan a la separación”.

Estas palabras abrían el documento con el que los Franklins, Jeffersons y Adams justificaron la separación de las Trece Colonias de Norteamérica de la Monarquía británica. Los legisladores ultramarinos sentaron con esto las bases para la creación de los Estados Unidos. Pero el alcance de la Declaración iba mucho más allá. Por primera vez se consagraba la idea de la soberanía nacional: los representantes de un pueblo que se reconocía a sí mismo como tal podían romper voluntariamente con las legitimidades dinásticas y religiosas que les precedían y constituir un Estado independiente que se erigiera en sujeto de derecho internacional. Los firmantes de la Declaración bebían de las nuevas doctrinas del liberalismo y la Ilustración radical: el ejercicio del poder no se justificaba en función de un sistema de derechos divinos y naturales heredados, sino de un contrato social que dependía de la voluntad individual de los gobernados y que, por tanto, tenía una naturaleza mutable y coyuntural³⁸. Al mismo tiempo, los legisladores reinterpretaban, como demostró John Agard Pocock, algunas ideas fundamentales legadas por el pensamiento renacentista y grecorromano³⁹. Una de ellas, era la máxima aristotélica de la autosuficiencia: una comunidad política debía ser capaz de garantizarles a sus miembros por sí misma la impartición de justicia, la satisfacción de sus necesidades materiales y las condiciones para el desarrollo de una vida dichosa (que incluían campos como la educación, el recreo contemplativo y la práctica de la sociabilidad).

Fue así como la Declaración de Independencia de las Trece Colonias, pronto secundada y enriquecida por el constitucionalismo liberal que floreció en la América de habla hispana y en Europa, estableció las condiciones para el triunfo del Estado nación como nuevo horizonte de organización comunitaria⁴⁰. Frente a las teorías imperiales, muchos

³⁷ Jane Burbank, *Empires in World History: Power and the Politics of Difference* (Princeton, N.J. ; Oxford: Princeton University Press, 2010).

³⁸ Edmund S. Morgan, *Inventing the People: The Rise of Popular Sovereignty in England and America*, Revised ed. (W. W. Norton & Company, 1989).

³⁹ John G. A Pocock, *Three British Revolutions: 1641, 1688, 1776*. (Princeton: Princeton University Press, 2014), <https://doi.org/10.1515/9781400856473>.

⁴⁰ George Billias, *American Constitutionalism Heard Round the World, 1776-1989: A Global Perspective* (NYU Press, 2009).



comenzaron a asumir que la felicidad pública y la autosuficiencia solo podían alcanzarse en el seno de un Estado plenamente soberano, que ejerciese su potestad sobre un pueblo homogéneo y autodeterminado. Este proyecto implicaba una serie de intervenciones gubernativas y administrativas que garantizaran varios puntos esenciales: la regularización de una lengua común; la articulación de un mercado nacional que protegiese los intereses materiales de los ciudadanos a la vez que conectaba las economías regionales y locales; la homogeneización de los derechos civiles y políticos de todos los miembros de la nación, así como la igualación de los ciudadanos en su obligación de cumplir una serie de deberes para con la comunidad, como el servicio militar, el pago de impuestos y la obediencia a las leyes; y, por último, el aseguramiento del cumplimiento de dichos derechos y obligaciones mediante la expansión de un sistema judicial común y de una administración estatal racionalizada⁴¹.

Durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, los proyectos de organización nacional se expandieron lenta y accidentalmente, en un mundo en que los grandes imperios multiétnicos seguían siendo la norma⁴². Fueron los horrores de las guerras mundiales los que desacreditaron cualquier forma explícita de dominación imperial. Los 14 puntos de Wilson (1917) y la Declaración de Universal de los Derechos Humanos (1948) sancionaron el ideal de un mundo de pueblos autodeterminados y organizados en Estados nacionales que ejerciesen la soberanía independientemente de cualquier injerencia externa. Los redactores de estos documentos mostraron, en sus reminiscencias kantianas⁴³, una franca confianza en que los vínculos derivados de la negociación multilateral, del comercio, de los valores democráticos y del derecho internacional garantizarían la paz y la prosperidad entre unos Estados siempre independientes⁴⁴. Se confiaba en que la nueva institucionalidad internacional, privada de poder efectivo y siempre sujeta a la voluntad de los Estados miembros, funcionase gracias a una vocación compartida de cooperación.

Las falencias de este modelo en lo concerniente a la paz mundial quedaron al desnudo durante los años de conflicto perenne que trajo la Guerra Fría⁴⁵. Sin embargo, es innegable que los Estados nación, ahora prácticamente universalizados, cumplieron una buena parte de sus objetivos primordiales, en este punto enriquecidos por la emergencia de una socialdemocracia que les erigía como proveedores por excelencia de servicios sanitarios y educacionales⁴⁶. Muchos de estos Estados nacionales lograron garantizar altas cotas de igualdad económica, de movilidad social, de bienestar colectivo y de democratización del

⁴¹ John Breuilly, ed., *The Oxford Handbook of the History of Nationalism*, 1st ed., Oxford Handbooks (Oxford, United Kingdom: Oxford University Press, 2013).

⁴² Jürgen Osterhammel, *La transformación del mundo: una historia global del siglo XIX* (Barcelona: Crítica, 2015).

⁴³ Immanuel Kant, *La paz perpetua*, ed. Joaquín Abellán (Madrid: Alianza Editorial, 2016).

⁴⁴ Samuel Moyn, *The Last Utopia: Human Rights in History* (Cambridge, Mass: Harvard University Press, 2012).

⁴⁵ Josep Fontana, *Por el bien del imperio: una historia del mundo desde 1945* (Barcelona: Pasado & Presente, 2013).

⁴⁶ Clara Sandelind, "Constructions of Identity, Belonging and Exclusion in the Democratic Welfare State," *National Identities* 20, no. 2 (March 15, 2018): 197–218, <https://doi.org/10.1080/14608944.2016.1211999>.



poder. Así, como nos lo cuenta magistralmente David Armitage, la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, se convirtió en un texto paradigmático de la modernidad, que inspiró exitosamente a las sociedades del mundo a sancionar su soberanía en nombre de un pueblo autodeterminado y autosuficiente⁴⁷.

La crisis del Coronavirus parece, sin embargo, haber llegado para confirmar la obsolescencia rampante de este credo político. Mientras los gobiernos del planeta aplicaban el viejo recetario de los padres de la independencia americana, nuevas fuerzas se desataron. Este es un cuento, querido alienígena, muchas veces repetido durante los últimos treinta años. Las economías nacionales se vieron atravesadas más y más por circuitos globales de intercambio y de consumo. Las sucesivas revoluciones tecnológicas interconectaron de forma drástica los mercados de trabajo y las esferas públicas de los países, demoliendo las barreras que con tanto esfuerzo habían erigido los Estados. Las administraciones nacionales seguían garantizando el orden jurídico suficiente como para que los capitales y las mercancías circularan con una velocidad cada vez mayor, llegando a generar una deslocalización dramática del poder económico. En un mundo de empresas multinacionales, los mismos gobiernos que garantizaban el intercambio económico fueron crecientemente incapaces de asegurar el buen funcionamiento de sus sistemas de redistribución fiscal⁴⁸. Mientras las tributaciones huían a destinos paradisíacos, unas sociedades cada vez más desiguales se subían al monorraíl sin frenos del hiperconsumo. Los combustibles, tejidos, drogas y pasatiempos virtuales provistos por el mercado mundial se hacían cada vez más indispensables para hacer soportable la vida de unas comunidades volcadas hacia la productividad, el hedonismo y el individualismo⁴⁹.

En este contexto, el crecimiento económico desbocado, sacralizado como requisito esencial para el buen vivir de los pueblos, se hizo cada vez más incompatible con la sostenibilidad de las ecologías planetarias, con la perpetuación de ciertas formas básicas de cohesión intracomunitaria (como las familias de cualquier signo) y con el viejo sueño de la igualdad fundamentada en la redistribución, el mérito y la solidaridad. Como cuentan Gilles Lipovetsky y Zygmunt Bauman, en la medida en que los mitos colectivos y los modelos normativos de comportamiento planteados por el Estado moderno se hundieron, las sociedades de consumo individualizaron sus expectativas respecto de la vida feliz⁵⁰. Dos grupos contribuyeron decisivamente a este proceso de erosión del papel de los Estados nacionales como guardianes del bien público y como garantes de la autosuficiencia de la comunidad política. Si ciertos sectores neoconservadores bendijeron el imperio del sector privado sobre la esfera tradicionalmente ocupada por las administraciones públicas, abundantes secciones de la izquierda posmoderna hicieron lo

⁴⁷ David Armitage, *Foundations of Modern International Thought* (Cambridge University Press, 2013).

⁴⁸ Branko Milanovic, *Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization* (Belknap Press, 2016).

⁴⁹ Byung-Chul Han, *La expulsión de lo distinto* (Barcelona: Herder, 2019), <https://www.overdrive.com/search?q=ADF17002-F486-43B4-A234-029480251368>; Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio* (Barcelona: Herder, 2012).

⁵⁰ Gilles Lipovetsky, *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (México, D.F.: Editorial Anagrama, 2015); Zygmunt Bauman, *Liquid Times: Living in an Age of Uncertainty*. (Oxford: Wiley, 2013).



propio con el potenciamiento del relativismo y el tribalismo identitario como horizontes de emancipación alternativos a la utopía colectivista del socialismo⁵¹. Mientras tanto, las instancias de gobernanza mundial nacidas bajo el paraguas de la ONU han dejado al desnudo la vacuidad de sus competencias y lo inane de sus regulaciones. El derecho internacional parece valer tanto como la disposición puntual de los gobiernos y las empresas transnacionales a acatarlo. Durante la última década, la orfandad cada vez más palpable dejada por la crisis del Estado y por el triunfo de un globalismo basado en la desregulación ha potenciado la emergencia de nuevos nacionalismos agresivos, que contemplan la posibilidad de una reversión a formas autocráticas y autoritarias⁵².

El COVID-19 ha dejado en evidencia todos estos procesos. Una crisis sanitaria mundial cuya acelerada difusión es hechura de la globalización y que, sin embargo, es combatida por cada gobierno aislada e ineficazmente. Una Organización Mundial de la Salud que ve como sus dictámenes científicos deben quedarse en recomendaciones desoídas por muchos ejecutivos irresponsables que piensan en términos electoralistas y cortoplacistas. Unos Estados que, sin ser capaces de coordinar una estrategia conjunta, se arrojan al cierre de fronteras, mientras intentan desesperadamente que funcionen unos sistemas sanitarios corroídos por el deterioro redistributivo que ha supuesto la desregulación económica de los últimos treinta años. Si esto sucede en lo que es meramente coyuntural, ¿cómo esperar, amigo extraterrestre, que estos decrepitos Estados se sienten a debatir una estrategia de largo plazo para la gobernanza sanitaria y ecológica que necesita el planeta en los próximos cien años? Me imagino que tú mismo te harás otra pregunta inevitable: ¿no será que, después de las transformaciones descritas, el Estado nación ya no es una forma de comunidad política que garantice la igualdad, la dignidad y la autosuficiencia de sus ciudadanos?

El valor de la Declaración de Independencia de 1776 no fue el de enunciar ninguna verdad universal e inmutable, sino el de establecer las bases para imaginar una forma de gobierno capaz de asegurar el bien común de sus ciudadanos a partir de un proyecto compartido de igualdad, justicia y compromiso público. Los constitucionalistas americanos emprendieron un experimento que no tenía precedentes en el mundo de imperios multiétnicos que les había visto nacer. Y te pregunto, forastero, ahora que el mundo de Estados nacionales que ellos mismos alumbraron parece caducar, ¿no sería el tiempo de lanzarnos de nuevo a experimentar? ¿Si los retos medioambientales, económicos y sanitarios que enfrentamos son mundiales no debería ponerse la política a la altura? ¿No piensas tú también que es hora de tomar de nuevo las riendas de este mundo de virus voladores, de leviatanes confusos, de capitales huidizos, de gente en casa y de poderes invisibles?

¿No podríamos comenzar a hacerlo con un ejercicio de voluntad y de pensamiento análogo a la Declaración de Independencia? Puede que solo un gesto estuviese a la altura

⁵¹ Daniel Bernabé, *La trampa de la diversidad: cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora* (Madrid: Akal, 2018).

⁵² Roger Eatwell and Michael Goodwin, *Nacionalpopulismo: por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia* (Barcelona: Ediciones Península, 2019).



de aquel hito que determinó dos centurias. Sería el momento de que los Estados nacionales, ante el turbio espectáculo de su propia incapacidad frente a los desastres que llaman a nuestra puerta, reconociesen que es momento de ceder una parte de sus poderes soberanos a entidades que puedan diseñar una política mundial, o al menos euroamericana. Entidades, en fin, que puedan fiscalizar de nuevo la actividad empresarial y asegurar la redistribución tributaria y la reorganización del trabajo y de la producción con miras a la igualdad; que puedan generar una recuperación de la confianza en las instituciones y ponerle bridas (o sogas) al corcel apocalíptico del hiperconsumo. Ojalá el siglo XXI marque el tránsito de la época de las Declaraciones de Independencia a la era de las Declaraciones de Interdependencia. Estas deberían estar en la base de un proceso de relocalización de los poderes públicos: un escalonamiento virtuoso de soberanías locales, regionales, estatales y supraestatales que fije horizontes compartidos de justicia, bienestar y dignidad, manteniendo un margen de autonomía y autodeterminación para los pueblos.

No se trata de inventar una utopía redentora, sino de tomar ladrillos de las dos grandes tradiciones descritas: los sistemas pluralistas, ecuménicos y corporativos de los imperios y los proyectos igualadores y democráticos de los Estados nacionales. No se trata, tampoco, de caer en las teleologías voluntaristas del cosmopolitismo filantrópico: no es posible aspirar a una cultura universal ni a un gobierno mundial (entendido en términos modernos). Pero sí es posible apostar por grandes conglomerados estatales que sepan ordenar la convivencia de sistemas políticos diversos y dispersos desde el respeto a la alteridad mutua de las sociedades planetarias. Este proyecto no ha de consistir, como afirman John Milbank y Adrian Pabst, en una actividad de regulación frenética, sino en una transferencia efectiva de parcelas de poder a instancias que puedan actuar en base a la negociación de sus partes⁵³.

¿Por qué no imaginar, amigo extraterrestre, una Organización Mundial de la Salud que tenga poderes normativos y debidamente respaldados por una estatalidad supranacional?, ¿por qué no especular que el órgano decisorio de esta sea una asamblea corporativa de expertos designados por las sociedades bajo su seno? Es de recibo recordar que la misma hilaridad que pudieran provocar estas disquisiciones la provocó a finales del Siglo XVIII la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. ¿Quién podía prever que su experimento se convertiría en un principio rector de la historia moderna? Se trata, por tanto, de superponer un nuevo acto de imaginación política a los sueños caducos pero indispensables de los tamerlanes y los jeffersons. Si hay algo que hemos aprendido de la historiografía, la biología social y la antropología es que lo que caracteriza a la humanidad no es su predisposición a algún sistema específico de organización política, sino su infinita capacidad para diseñar nuevas formas de cooperación en base a la invención constante de mitos e historias colectivas. No hay tecnología más poderosa, no hay vacuna mejor contra las pandemias presentes y venideras.

⁵³ Adrian Pabst and John Milbank, *The Politics of Virtue: Post-Liberalism and the Human Future* (Rowman & Littlefield International, 2016).



Espero que esta historia te haya dicho algo, amigo alienígena. Espero que permanezcas en el planeta para presenciar lo que viene. Y espero que después regreses a tu patria para contar cómo, de nuevo, el baile prodigioso de la vida y la muerte continuó mientras se disipaban las tinieblas de la mismidad y de la nada.

ENCUENTROS EN LA TERCERA FASE... DE UNA PANDEMIA

Laura Orta

Saludos extraterrestres, bienvenido al planeta Tierra.

Es posible que te haya sorprendido ver tan pocos terrícolas por las calles, casi vacías de cualquier tipo de actividad. Y a los pocos que puedes encontrar van tapados de pies a cabeza, y con unas “cosas” que cubren sus manos y sus bocas (nosotros lo llamamos guantes y mascarillas). Todo ello se debe a una situación excepcional que estamos viviendo a lo largo y ancho de todo el planeta. Podemos decir, que nuestro mundo está casi paralizado. Las personas entendidas, es decir aquéllas que saben mucho sobre algo, han culpado de esta situación excepcional a un microorganismo denominado “coronavirus”, o en palabras más técnicas: COVID-19. Éste es un bichito, diminuto, imperceptible para el ojo humano, que muta dentro de nuestros cuerpos. Pero no lo subestimes por su tamaño, pues está acabando con la vida de miles y miles de personas. Aunque algunos de esos entendidos ya nos avisaron de lo que se nos venía encima, pues este COVID-19 apareció por primera en China, uno de los países más grandes, poderosos y con mayor número de población de este planeta. Y, a pesar de esta situación, muchos políticos y personas que mandan y dirigen cada país no actuaron a tiempo.

Sin embargo, no te asustes. Este virus no ha llegado a todos los países a la vez, sino que se originó en un punto concreto y de ahí ha ido viajando, dentro del cuerpo de algunos de nosotros, hasta extenderse por todos lados. Ello ha hecho que algunos gobiernos, viendo lo que sucedía en otros lugares, tomaran medidas con antelación. Tampoco es la primera vez que tenemos una pandemia mundial. A lo largo de nuestra historia hemos sufrido enfermedades que acabaron con millones y millones de personas, la diferencia es que, en esta ocasión, gracias a la tecnología, podemos saber lo que ocurre en cualquier lugar en tiempo real. Eso es bueno. Está bien saber qué precauciones están tomando otros países y tomar ejemplo de ello, o incluso ponerse de acuerdo entre todos los países para ayudarse unos a otros. Eso sería maravilloso. Sin embargo, todo este flujo de información nos está llevando a una situación de pánico y paranoia, en la que nos cuesta distinguir qué información es real y cuál no.

Tenemos miedo, miedo a la muerte, pero también mucho miedo a la situación de crisis que se nos avecina por tener el mundo paralizado, económicamente hablando. Y es que, no te lo he dicho, pero la solución que los entendidos nos han recomendado, y finalmente parece que estamos cumpliendo en mayor o en menor medida, es el confinamiento. Es decir, quedarnos en casa y salir sólo en los casos imprescindibles (como ir a trabajar, a comprar comida y sustento y poco más). Aquellas personas que pueden salir a trabajar es porque sus trabajos son considerados esenciales, como los médicos y enfermeros, personal de las tiendas de alimentación y farmacias, policías, transportistas, periodistas e incluso



personal de correos (aquellos que hacen posible que las comunicaciones escritas nos lleguen a casa). Otras muchas personas, como profesores, asistentes sociales, psicólogos... tienen que trabajar desde sus casas.

Ante esta situación excepcional, la epidemia del coronavirus está poniendo a prueba la reacción de los gobiernos nacionales que forman los engranajes de un sistema global que se está desquebrajando. Desde hace años los Estados se están volviendo menos relevantes en los asuntos mundiales, a favor de otros actores políticos que cobran mayor importancia en las estructuras globales. Pero cuando surgen nuevos peligros, como este virus que asola por todos lados, las personas buscan protección en sus gobiernos, ya que, al fin y al cabo, son éstos quienes gestionan sus recursos o la falta de ellos; pero también la información disponible, así como las medidas a tomar dentro de su propio territorio en contra de una actuación global frente a la pandemia. Esto también pone en relevancia la fragilidad de un sistema económico globalizado en el que la población se mueve alrededor del mundo para generar negocios, lo que ha ayudado a la propagación del virus, pero que ahora se encuentran con el problema de que las vías de comunicación, aéreas, fluviales y terrestres, están cerradas.

Es por ello por lo que las gobernanzas mundiales y los diferentes Estados, adaptándose a las situaciones actuales, deberían proceder en cooperación. La crisis del COVID-19 está ayudando en la desintegración de las gobernanzas mundiales, ya que grandes potencias como Estados Unidos han decidido actuar de forma unilateral; la Unión Europea no consigue coordinar a los países miembros en sus respuestas ante la pandemia, optando algunos incluso por maniobras individuales y poco solidarias; en Latinoamérica esta crisis humanitaria aparece tras varios conflictos sociales en diferentes países que ya pusieron en duda la licitud de sus gobiernos, echando en falta la puesta en marcha de mecanismo regionales que ayuden a resolver el problema. Si bien, cada vez hay más personas que se enfrentan a los gobiernos y exigen coordinación y solidaridad ante esta situación.

Por último, decirte que existen muchos colectivos, demasiados, que por la falta de recursos o su situación de aislamiento son más sensibles al contagio que otros, como refugiados, personas sin hogar, campesinos, reclusos, mujeres y niños en exclusión social, etc. De entre todos ellos voy a referirme a los Pueblos Indígenas, que si bien viven en todas las regiones del planeta, tomaré el ejemplo de los que habitan en América Latina. Aunque hoy en día muchos de ellos residen en las zonas urbanas de los países, otros se han mantenido en zonas alejadas, incluso aisladas, en las sierras, bosques y selvas, como el caso de la Amazonía que es una extensión tan grande de naturaleza que la consideramos el pulmón del nuestro planeta.

La gran vulnerabilidad de estas sociedades a las enfermedades del exterior, al no estar inmunizados contra muchas patologías, sobre todo en esas comunidades que decidieron aislarse voluntariamente, hace que el COVID-19 sea una gran amenaza para ellas. Así pues, desde las organizaciones y comunidades indígenas se ha hecho un llamamiento a los Estados exigiendo protección. Se ha solicitado atención médica, así como equipos y medicamentos y se demandan condiciones que garanticen la seguridad alimentaria. Se ha



pedido un protocolo para evitar la entrada de personas no indígenas (turistas, religiosos, vendedores ilegales...) en sus territorios, lo que ha conllevado el cierre de parques turísticos. Se ha solicitado la divulgación de recomendaciones y de información clara y oportuna, que no sea de corte “occidental”, donde se les muestran fotos de lavados de manos en grifos, cuando en muchos casos estas poblaciones no tienen agua potable en sus casas.

Esta crisis mundial nos desvela que, tras décadas de gobiernos neoliberales, la situación de vulnerabilidad y exclusión social de los Pueblos Indígenas no ha cambiado. Sin embargo, ante la falta de actuación de las políticas oficiales para garantizar la seguridad y la salud, estas personas han tomado las riendas de su propia defensa y han actuado en consonancia, por ejemplo, bloqueando grandes ríos evitando así que la pandemia se extienda a través de actividades ilegales por las vías fluviales. Se ha llevado a cabo la actuación de guardias indígenas para la protección y seguridad de sus pueblos, para proceder de manera rápida y eficaz. Algunos grupos, por su cosmovisión tradicional, han decidido no mencionar el nombre del virus y llevar a cabo trabajos para prevenir la enfermedad, así como el uso de huertas medicinales y de la medicina ancestral.

Otro gran problema añadido a la pandemia del COVID-19 en estas partes del mundo está directamente relacionado con la invasión de sus tierras. Los estragos de una enfermedad como esta entre los indígenas puede ser una oportunidad para que sectores agrícolas o industriales tomen el control de estas regiones, y se lucren de una explotación económica desenfrenada, provocando de esta manera la destrucción de las poblaciones que la habitan. Para algunos entendidos la falta de actuación conjunta entre gobiernos y organizaciones indígenas, ante la amenaza del coronavirus, podría significar un nuevo genocidio en lugares como la Amazonía brasileña, donde el presidente del país al que pertenece esta región anunció que “los propios indios quieren ser asimilados y poner sus tierras en situación económica”, algo que no es para nada verdad.

Así pues, el COVID-19 como amenaza a la salud pública nos evidencia la importancia de la cooperación, nacional e internacional, pero también regional, para manejar los desafíos transfronterizos.

Estimado o estimada extraterrestre, no te desesperes por todo esto que te he contado. Hay entendidos que opinan que esta crisis va a ser una oportunidad para aprender y encaminarnos hacia una globalización mejor y más democrática. Cuando esta situación excepcional acabe surgirá una nueva normalidad, hoy por hoy incierta para todos, con otras maneras de relacionarnos, de cuidarnos; nuevos miedos, pero también nuevos retos. Una nueva normalidad en la que la solidaridad debería convertirse en la bandera mundial y en la que los intereses económicos de unos pocos deberían invertirse en ayudar a la mayoría. Sin embargo, al igual que el mundo cambió después de atentados como el 11-S en pro de mayores controles de seguridad, es de suponer que algo parecido ocurra después de esta epidemia global.



LA MÁSCARA DE LA MUERTE ROJA

Noelia Rodríguez Prieto

Tras contactar con un ser procedente de algún sistema recóndito de la Vía Láctea —y antes de que este esboce el menor gesto de aprecio o desprecio hacia nuestra especie— le pediría comprensión. Comprensión porque el ser humano todavía no ha terminado de realizarse y de entenderse. Tanta evolución y todavía la humanidad no ha sido capaz de librarse de sus fantasmas. No ha sido capaz de escapar de la trampa del dogmatismo, de las mitologías y de las ideologías. Mucho se dice que la conciencia es el culmen de nuestra especie, pero para qué vanagloriamos tanto de ella si mayormente ha sido instrumentalizada para la jerarquización, la destrucción y la muerte. Le aseguro que la misma conciencia que nos regala obras de arte, es la misma que luego ha auspiciado todo tipo de tropelías contrarias al sentido común de la supervivencia. Guerras, masacres, genocidios, perjuicios y prejuicios contra todo, contra todas y contra todos.

Todo en favor de mitos infundados. En favor de quimeras tambaleantes que construyen quejumbrosos edificios pretendidamente universales, estables y eternos. Construcciones de piedra que, al menor traspie, se agrietan y derrumban como si fueran de cristal. No sé si será por una permanente adicción a estar al borde del ocaso, a sufrir crisis perpetuas, pero no hay especie más fallida en su porvenir que la humana. ¿Por qué somos así? Quién sabe, pero cada paso que se da en dirección al refinamiento de la especie, nuevos desastres estallan. Ahora mismo, cuando se creía que habíamos alcanzado finalmente el fin de la historia —el fin de la evolución de las ideologías político-sociales—, sucede que el COVID-19 —un tipo de Coronavirus— está arrollando frenéticamente los mitos fundacionales de Occidente.

El neoliberalismo y la democracia liberal han sido sus dos principales víctimas. El primero, bajo la égida del libre mercado, la estigmatización del Estado como un freno a la libertad económica y de la capitalización de la dignidad humana sin importar fronteras ni daños colaterales, ha visto contravenidos sus principios al ritmo de titulares como “Alemania se prepara para nacionalizar empresas si el impacto del Coronavirus se descontrola”⁵⁴, “Francia se plantea nacionalizar sus grandes empresas para salvarlas”⁵⁵ y

⁵⁴ elEconomista.es, “Alemania se prepara para nacionalizar empresas si el impacto del Coronavirus se descontrola”, 20 de marzo de 2020. Disponible en <https://www.economista.es/economia/noticias/10429227/03/20/Alemania-se-prepara-para-nacionalizar-empresas-si-el-impacto-del-Coronavirus-se-descontrola.html>, fecha de última consulta: 10 de abril de 2020.

⁵⁵ Cinco Días, “Francia se plantea nacionalizar sus grandes empresas para salvarlas”, 17 de marzo de 2020. Disponible en https://cincodias.elpais.com/cincodias/2020/03/17/economia/1584431660_318938.html, fecha de última consulta: 10 de abril de 2020.



“Las nacionalizaciones vuelven (una vez más) para salvar al capitalismo... ¡en tiempos de crisis!”⁵⁶.

La pura historia se encuentra en esta clase de paradojas. El sistema que es vendido como la única alternativa menos mala, está acelerando su caída por su incapacidad de responder a la amenaza de un microorganismo. Las democracias liberales de Europa y Norteamérica son, en este momento, las que padecen con mayor gravedad los estragos de la infección. ¿Y cuál ha sido su respuesta? En los últimos días han saltado titulares como “La primera democracia europea que cae a causa del coronavirus”: cómo la crisis del covid-19 ha puesto en juego el sistema democrático húngaro⁵⁷, seguido de “Coronavirus: cómo la pandemia de COVID-19 está poniendo a prueba la esencia de la Unión Europea (y enfrentando a sus países miembros)”⁵⁸. Si el núcleo duro de Occidente —referente de “buena” sociedad y modernidad— está experimentando una tremenda desestabilización por el ataque de un virus, ¿qué podría pensar un ser procedente del espacio exterior sobre la supervivencia de la humanidad?

A lo mejor pensaría que estamos perdiendo el tiempo defendiendo mitos insalvables e insostenibles. Mitos como el del nacionalismo. El nacionalismo, que es un sentimiento o conciencia de pertenecer a una nación, una doctrina, ideología o imaginario; es uno de los grandes mitos que está siendo cuestionado a medida que progresa la pandemia del coronavirus. Si la globalización ya había comenzado a fracturar el edificio monolítico de las identidades nacionales, el requerimiento de depender de la solidaridad externa, a costa de la exclusiva actuación interna, y de generar estrategias globales de apoyo y colaboración entre Estados-nación, está sacando a relucir las falencias del gran mito de la nación como un ente indiviso e individual que debía soportar, por su voluntad y determinación, cualquier conflicto por sus propios medios.

Esto es lo que estipuló el nacionalismo como principio desde su nacimiento a finales del siglo XVIII. Cuando el desordenado Antiguo Régimen cayó en Europa por el apogeo de nuevos grupos sociales, la instauración del capitalismo industrial y el florecimiento de varias revoluciones culturales como el romanticismo —entre otros factores—, encontramos que su promesa de organizar el mapamundi en unidades debidamente delimitadas y separadas de naciones homogéneas y confrontadas no fue tan buena idea⁵⁹. Se acabó con la servidumbre y el modelo de la monarquía absolutista y divinizada, a costa

⁵⁶ Herranz, Diego, “Las nacionalizaciones vuelven (una vez más) para salvar al capitalismo... ¡en tiempos de crisis!”, 5 de abril de 2020. Disponible en: <https://www.publico.es/sociedad/coronavirus-nacionalizaciones-vuelven-vez-salvar-capitalismo-tiempos-crisis.html>, fecha de última consulta: 10 de abril de 2020.

⁵⁷ Paredes, Norberto. “La primera democracia europea que cae a causa del coronavirus”: cómo la crisis del covid-19 ha puesto en juego el sistema democrático húngaro”, 4 de abril de 2020. Disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-52151321>, fecha de última consulta: 10 de abril de 2020.

⁵⁸ Adler, Katya. “Coronavirus: cómo la pandemia de covid-19 está poniendo a prueba la esencia de la Unión Europea (y enfrentando a sus países miembros)”, 7 de abril de 2020. Disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-52173845>, fecha de última consulta: 10 de abril de 2020.

⁵⁹ Para más información sobre los primeros ideólogos del nacionalismo, véase Kedourie, Elie. *Nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2015.



de romper con la posibilidad de instaurar un orden internacional coordinado y amparado por algún tipo de gobernanza global.

En 1945, Edward Hallett Carr —uno de los primeros teóricos reconocidos del nacionalismo— escribía que “The challenge to the socialized nationalism of our thir period thus issues in a protest against an international order which accepts as its basis the submersion of the rights of the individual in the rights of the nation”⁶⁰. Décadas después, las naciones continúan erigiéndose como unidades individuales de las que emana el derecho de las comunidades nacionales, hacia las cuales los ciudadanos se adscriben en virtud de su nacionalidad. Muchos años después, y a pesar de proyectos supranacionales como la Unión Europea, el nacionalismo agrupa el orden internacional Estados-nación pretendidamente homogéneos y únicos. Esta simplificación de la diversidad cultural que operó en la conformación de los Estados modernos es la misma que está acelerando la descomposición del orden internacional de Estados-nación, en favor de la proposición de estrategias conjuntas que propongan seriamente la conformación de una orden global que vaya más allá de localidades y particularismos.

Titulares como “Hasta ahora, la Unión Europea ha mostrado una gestión mediocre de la crisis del coronavirus. No solo no ayudó a mitigar la pandemia en los países en los que se disparó primero, sino que es incapaz de coordinar acciones”⁶¹, cambió a “No habrá troika: Alemania y Holanda empiezan a aceptar préstamos sin condiciones para la crisis del coronavirus”⁶², y ahora vuelve a “Fracaso en la UE tras 16 horas de reunión: las exigencias de Holanda bloquean las ayudas contra el coronavirus”⁶³. Al final parece que el nacionalismo, y su tendencia al repliegue, no es tan efectivo como se esperaría. El coronavirus no ha demostrado ni inventado nada, pero sí ha dado un revulsivo—necesario incluso— a los procesos de reconstrucción y reconceptualización del Estado-nación en Occidente y de su gran tríada de mitos que sería el nacionalismo, el neoliberalismo y la democracia liberal.

Tan anómala situación parece ser análoga a la que vivió el Príncipe Prospero en el conocido cuento de Edgar Allan Poe *La máscara de la Muerte Roja*. Cuando la Muerte Roja —la peste— devoró sus dominios, el Príncipe Prospero se refugió, con sus mejores adláteres, en una abadía para celebrar fastuosas fiestas. Los bailes eran celebrados en salas multicromáticas y presididas por un reloj de ébano en el que nadie reparada, excepto cuando tocaba sus campanadas. Los presentes danzaban y danzaban, ajenos a la

⁶⁰ Carr, Edward Hallett. *Nationalism and after*. Londres: Macmillan, 1945, p. 43.

⁶¹ Argenta, Luca, Michael Braun y Tobias Mörschel. “¿Dónde está Europa?”, abril de 2020. Disponible en: https://nuso.org/articulo/italia-europa-coronavirus-crisis-union-europea/?utm_source=email&utm_medium=email, fecha de última consulta: 11 de abril de 2020.

⁶² Alho Cabral, Ivo. “No habrá troika: Alemania y Holanda empiezan a aceptar préstamos sin condiciones para la crisis del coronavirus”, 6 de abril de 2020. Disponible en: <https://www.publico.es/internacional/coronavirus-ue-no-habra-troika-alemania-holanda-empiezan-aceptar-prestamos-condiciones-crisis-coronavirus.html>, fecha de última consulta: 11 de abril de 2020.

⁶³ Gil, Andrés. “Fracaso en la UE tras 16 horas de reunión: las exigencias de Holanda bloquean las ayudas contra el coronavirus”, 8 de abril de 2020. Disponible en: https://www.eldiario.es/economia/Espana-Italia-Francia-Alemania-Holanda_0_1014199177.html, fecha de última consulta: 11 de abril de 2020.



podredumbre que arrasaba el exterior. Hasta que tocaron las doce. Como en las anteriores veces, los invitados quedaron paralizados ante la cavernosa tonada de su carrillón. Pero esta ocasión fue distinta. Un enjuto personaje, cubierto por una blanquecina e inexpresiva máscara y una túnica negra como la mortaja, se personó repentinamente ante el reloj.

Irritado por su presencia, el Príncipe Prospero corrió con su puñal para deshacerse de ese perturbador desconocido. A medida que el reloj de carrillón progresaba en su tic-tac, los asistentes que estaban situados alrededor del extraño morían en grotesca postura. Finalmente, cuando el Príncipe Prospero la alcanzó y quiso descubrirla, no vio nada dentro de la figura, salvo lo que tan afanosamente había estado rehuyendo: como un ladrón en la noche, la Muerte Roja devoró el interior de la abadía y consumió la vida de todo cuanto había dentro. Y el reloj de ébano anunció la llegada del conticinio. En una época como la nuestra, ser y actuar como el Príncipe Prospero es una garantía de extinción. Pues, tarde o temprano, la Muerte Roja —que no entiende de fronteras ni de muros— penetrará las gruesas paredes de la abadía para consumir aquello que, momentáneamente, había logrado escapar a su fatalidad.



LA FURIA Y EL OLVIDO DE LA CONVERSACIÓN EXTRATERRESTRE

Mirka Torres Acosta

Cuando nuestro amigo pisó la Tierra en esos años de incertidumbre las costuras rotas del sistema democrático, que se veían a mediana distancia cubiertas por el bienestar y el confort de una sociedad extraviada, el COVID-19 las puso violentamente frente a sus narices en cuestión de segundos y, con ánimo de aliviar el susto de su cara de sorpresa y miedo, le entregué algunas reflexiones.

Érase una vez el desacuerdo. Un individuo otrora posibilitador convertido en fauces voraces y furiosas de distinto color expuesto sin misericordia por la pandemia del COVID-19. Era una vez el desacuerdo que en el año 2020 sólo evidenciaba la punta del iceberg, un témpano repleto del envilecimiento de la vida política, el personalismo de la actividad pública y la apropiación de conceptos políticos fundamentales para la propia justificación. El desacuerdo, que a través de la dialéctica posibilitaba la presencia en la discusión pública de ideas y postulados diferentes a los propios, era un campo del que, a lo largo de la historia, habían salido enormes espinas pero también espléndidas rosas.

Este individuo se paseaba sin pudor, con la cabeza erguida y sin ninguna intención de bajarse del pedestal de la autocomplacencia a la vez que hablaba a favor de los ciudadanos que contemplaban impertérritos la cuenta negra de los infectados. Presenciaba como sus representantes mutilaban las ilusiones por parte de unos actores políticos y económicos que pugnaban por ir más rápido en posicionar sus propias verdades. Ya no eran políticos, eran espadachines de la causa patriota y absoluta de los buenos contra los malos. Los ciudadanos a los que decían defender, cuidar y proteger eran testigos de la lucha a dentelladas entre ellos, que ni siquiera el apoyo a las medidas tomadas por el contrario para paliar los efectos de la pandemia podía esconder. Reinaba a sus anchas, claro está, del ruido y de la mentira se alimentaba. Su naturaleza posibilitadora había desaparecido.

La implosión de unas costuras largamente apretadas y mantenidas por falacias discursivas a la carta dejó al rey al desnudo, pero lo más curioso es que el final no fue lo que en el cuento. Al final, el rey ni siquiera se avergonzaba de su desnudez recién descubierta. ¿Cómo hacerlo si era el dueño de la verdad absoluta? No estaba desnudo, los demás se equivocaban. Era bueno, entonces, para el desacuerdo ser el protagonista.

No era democrático lo que los partidos pretendían defender con sus certezas incuestionables y prístinas cargadas de conceptos tergiversados y, en algunos casos, expresiones en sí mismo de un sentido de la ridiculez pasmoso, adaptados a la contingencia y a la furia. Nada parecía quedar del ideal aquel del bien común, porque



salía muy caro y era una expresión demasiado alejada en el tiempo y poco atractiva para los eslóganes.

Y como ese muchos conceptos. El desacuerdo paseaba por la corrupción del lenguaje, el desapego a la belleza, la verdad y la bondad. En la incapacidad de gestionar el desacuerdo se desvelaba la preeminencia de la irreflexión y de los contenidos fútiles que mandaban de un sablazo a esta virtudes, otrora esenciales, al último vagón del tren. La vida y la muerte se conjugaban en clave ideológica haciendo de la compasión la diana del desprecio.

Lo trágico y triste del desacuerdo que todos los días desnudaba la pandemia es que el sentido de la fraternidad terminó siendo pauperizado en un sistema representativo herido de muerte. A todos los niveles, en las relaciones internacionales, en los modelos económicos, en el armazón conceptual y en la discusión pública. Era la incapacidad de producir una acción ponderada y discutida libremente de muchos gobiernos, incluidos los recién constituidos, a los que las promesas electorales se le volvieron cenizas.

Lógicamente mi amigo extraterrestre preguntaría cuáles eran las alternativas a esta muerte de las ideas y le diría que, en principio, como en todo, volvería la mirada a los cimientos que nos pudiesen rescatar de la amnesia y crear nuevas estructuras pensando que para que sea posible deberíamos respetar el sentido de la dignidad, la fraternidad y el acuerdo. Porque cuando comenzamos a considerar como sociedad que eran conceptos ingenuos comenzó la pobreza dialéctica de esos tiempos.

CARTA EXPLICATIVA A UN EXTRATERRESTRE ACERCA DE LA CONTINGENCIA RECIENTE DEL COVID-19

Rebeca Viñuela Pérez

Estimado y extraño amigo extraterrestre:

Viniste buscando respuestas a preguntas que, sinceramente, no nos veo capaces de contestar. No ahora, en medio de una crisis que aún no sabemos siquiera cómo catalogar, y seguramente tampoco después, en ese futuro incierto que se nos presenta entre negras predicciones. Nos preguntaste qué pasó. Qué sucedió para llegar a esta lamentable y poco esperanzadora situación actual, y si uno escucha en la calle, en la televisión o en las redes sociales, solo encuentra explicaciones confusas. Primero, en diciembre de 2019, hablaban de personas que comían animales salvajes. Allá por China, que se presentaba en el imaginario colectivo como un lugar tan lejano que pareciera ser algo completamente ajeno al escenario occidental. Alguien se comió un murciélago, decían, y entonces una ciudad se infectó de un tipo de coronavirus. No era algo nuevo, ya que años anteriores se habían dado casos similares de infecciones. Era como una gripe, aseguraban. Y entonces la epidemia, que ya contaba con miles de infectados y cientos de muertos, se expandió. Primero por Asia, lugar que aparentaba aún una relativa lejanía que derivaba en falsa sensación de seguridad. Y luego llegó a Italia. El norte de Italia se infectaba rápidamente, y la curva de infectados, que por lo visto se convirtió en algo de suma importancia para todos, mostraba una verticalidad preocupante. Y así fue como la calma aparente que había reinado en la mitad occidental del mundo, desapareció.

Unos hablaban de cerrar aeropuertos, puesto que la primera fase de contagio, aquella que daría paso rápidamente a las otras dos, era la importación. En España se empezó a preguntar por qué seguían aceptando vuelos procedentes de Italia. Aquella sensación alienada iba desapareciendo a medida que en el territorio peninsular aparecían nuevos casos. Hasta que la primera fase, la de importación, dio paso a la segunda. Entonces los aeropuertos no fueron tan importantes, porque la transmisión del virus se hacía de forma interna, sin un receptáculo extranjero. La alarma parecía seguir a la verticalidad de la curva de contagios. Europa se cerró entonces. El tráfico aéreo se canceló, esperando que aquello frenase algo que, lamentablemente, ya había traspasado fronteras que solo los humanos somos capaces de ver. Los ritmos de contagio son diferentes, no obstante, y cuando España entró en estado de alarma a mediados de marzo, otros países europeos se encontraban aun dando solo recomendaciones de alejamiento social. Muchas veces ignoradas por sus ciudadanos. Pero a medida que los contagios se extendían por el mundo, la lucha sanitaria comenzó. Todos necesitaban test para localizar a las personas infectadas. Necesitaban mascarillas y guantes. Y, sobre todo, necesitaban respiradores, sin los cuales las personas tenían pocas oportunidades de sobrevivir dentro de las UCIS. Hubo países que incluso, como Corea del Sur, habían incrementado su presupuesto



sanitario durante los últimos años. Ellos compraron test y protecciones para sus profesionales de la salud. Compraron mascarillas y equipos de protección individual, los repentinamente famosos EPIS. Estaban al inicio de la epidemia cuando la lucha por el material no había iniciado aún.

En marzo de 2020, un año que por bisiesto muchos tildaron de mala suerte, muchas cosas sucedieron al mismo tiempo. En España, por ejemplo, el estado de alarma cesó toda actividad económica no esencial, por lo que millones de personas tuvieron que cerrar sus negocios. Todos ellos seguían teniendo los gastos mensuales propios de los autónomos, más ningún ingreso. El gobierno prometió suspender impuestos y otorgar ayudas financieras. Prometió que se entregarían créditos para subsanar la situación que la crisis sanitaria había forzado sobre todos ellos. Pero también se empezaron a escuchar las denuncias sobre los problemas que la consecución de dichos créditos suponía. La solución inmediata se presentó en forma de ERTE (Expediente de Regulación Temporal de Empleo), una regulación temporal de empleo que permitía el despido del personal por un tiempo establecido previamente. Se dijo, además, que la prestación por desempleo no sería computable en el tiempo cotizado acumulado por los trabajadores. También se aprobó el pasado jueves 30 de marzo de 2020 un permiso retribuido recuperable durante el tiempo que durase el Estado de alarma. Tal permiso aseguraba el pago de los salarios de todos los trabajadores cesados a causa de la contingencia, con la posterior recuperación de las horas perdidas. Era como poner parches a una fractura.

La crisis sanitaria, agravada por el abandono de las políticas sociales en España durante más de una década, saturó un sistema de salud que se pensaba bueno. Antes de esto, antes de la pandemia, todos hablaban sobre ello: sobre cómo de bueno era nuestro sistema sanitario. Mas la calidad de los profesionales no suple en medida alguna la falta de fondos y los recortes presupuestarios. Y así las UCIS se quedaron sin camas, los médicos sin EPIS y las farmacias sin mascarillas y guantes. La cuarentena llegó a todos los españoles, porque la falta de test impidió conocer quienes estaban contagiados. Asintomáticos, decían. Hablaban también de arcas de Noé, que venían siendo espacios donde encerrar a todos aquellos que diesen positivo en el coronavirus, pero no mostrasen ningún síntoma. Eran los más peligrosos, puesto que la confianza debilitaba siempre las medidas de precaución que uno ha de tomar. Eran todo un problema para las estadísticas. Aun así, se creía que las políticas del gobierno eran duras, pero necesarias. Ese era el mensaje principal en los canales de información. Y en un país donde consignar un presidente había requerido de dos elecciones generales, la pandemia logró un aparente consenso político en aquellas decisiones urgentes referentes al Estado de alarma. O al menos así fue en un principio.

La crisis sanitaria pronto dio paso a otros problemas que derivaban, inevitablemente, de un sistema político poco estable y unas instituciones que, nadando entre lo nacional e internacional, no supieron coordinarse para dar una solución factible a un problema que, como decíamos, no conoce de fronteras geográficas. Menos aquellas impuestas artificialmente por la política humana.



Amigo, si viniste a nuestro planeta en busca de consejo, quizás te decepciones. Lo que ha dejado al descubierto esta pandemia, y que en realidad ya se conocía, es una problemática que lejos de ser coyuntural a nuestro espacio y momento, entierra sus raíces en la estructura misma de nuestro sistema de gobernanza. España, por seguir con el ejemplo, ha iniciado una carrera de descrédito entre sus facciones políticas. Las referencias a la actuación del gobierno empiezan a tomar un cariz muy diferente al que se escuchaba en un inicio. Un cariz que mostraba cierto grado de consenso y que ahora trata de buscar la responsabilidad política por encima de lo que resulta o no beneficioso para el colectivo social. Pero el mayor de los problemas es, a mi entender, el intento de solucionar mediante referentes y opciones nacionales situaciones que requieren de actuaciones que van más allá de las capacidades propias de los gobiernos. Es inevitable, lo sé. Dirás, amigo, que estamos divididos en estados nacionales, y como tales debemos actuar. Dirás que no hay otras instituciones que puedan organizar planes a gran escala para enfrentar a un enemigo tan abstracto y complicado como lo es esta pandemia. Y una vez más, tendrás razón. Pero debemos añadir que tampoco se ha intentado si quiera. Está primero la Unión Europea, que más que eso debería pasar a denominarse “conjunto de países en busca de ciertas políticas en común”. Sin ninguna intención de ceder un ápice de su autonomía gubernativa. Ha llegado tarde allí donde se la ha necesitado. Ella misma lo ha reconocido, finalmente. Y aún en estos momentos, pasando ya la primera quincena de abril, seguimos sin soluciones propias que establezcan si quiera el mercado de material sanitario, que parece funcionar, como en el peor escenario del capitalismo, como una suerte de subasta al mejor postor. No importa quién lo necesite más, sino quién tenga más medios para conseguirlo.

Si fuésemos un poco más justos con estos intentos de llevar una política común, podríamos mirar hacia la Organización Mundial de la Salud (OMS). Un organismo de carácter internacional fundado a mediados del siglo pasado como extensión de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Según su propia constitución, la OMS vela por el bienestar social y sanitario de todos sus miembros, catalogando enfermedades y ayudando a combatirlas allí donde se requiere. En este caso singular, fue quien decretó como pandemia el COVID-19, así como redactó las propuestas a seguir para combatir la epidemia.

Ahora bien, amigo, como bien podrías pensar, la OMS es un órgano consultor, sin ningún poder de decisión en aquellas políticas que atañen, finalmente, a la autoridad nacional de cada país. Y en un mundo donde las fronteras son elásticas y porosas, donde el movimiento de personas diario se cuenta por millones, uno podría pensar que retener las soluciones a nivel interno simplemente escapa de toda lógica. Unos países deciden cerrar sus fronteras. Otros no. Unos países se abastecen de material sanitario solo en caso de que su situación empeore, a pesar de no necesitarlos aún. Otros, mientras tanto, sufren cientos de fallecimientos al día por no tener los mecanismos necesarios para luchar contra la enfermedad.



Dicen que las comparaciones son odiosas. Y tienen razón, pero en un mundo globalizado donde los medios de comunicación están en búsqueda constante de noticias, las comparativas entre situaciones aparentemente similares se convierten en un referente a la hora de medir la capacidad de cada país. Un ejemplo de ello es la crítica que se realiza a aquellos países que menos test realizan para descubrir el número de infectados en su población. Esta es una crítica válida, ya que se entiende que el uso adecuado de estas pruebas ayuda a controlar la epidemia. Pero si somos consecuentes con la situación, no todos los países tienen la misma capacidad para llevar a cabo estos controles. España no tiene la solvencia económica de Alemania, por ejemplo, lo que nos posiciona en una situación de desventaja a la hora de comprar los materiales sanitarios necesarios. La voluntad de hacer dichas pruebas debe ser compaginada además con la capacidad de los laboratorios de investigación que, al igual que los hospitales, parecen colapsar bajo la presión de la crisis.

Finalmente, si vamos a atenernos a convivir en una economía de carácter universal, uno debería pensar que, de ocurrir una situación semejante, seríamos también capaces de afrontar el problema con soluciones que vayan más allá de lo puramente coyuntural a nivel nacional. Y una vez más, amigo, no te decepciones, pero no es así. España, país que lleva sin poder aprobar sus presupuestos generales más de dos años por culpa de la falta de consenso político, debe afrontar una crisis desde un sistema político que no está preparado para ello, más aún con un sistema de sanidad herido a casusa de los recortes presupuestarios resultado de la crisis económica del 2008.

Y cuando todo esto acabe, cuando se halle una vacuna y la crisis sanitaria pase a segundo plano, lo que quedará será una estructura sociopolítica y económica destrozada por los esfuerzos tomados durante estos meses. Esfuerzos que recaen sobre todo en aquellos que menos recursos tienen, y que verán los años venideros como una cuesta interminable donde pequeños negocios y trabajadores en general se abrazarán como última solución a un sistema de políticas sociales desquebrajado e insuficiente. “Gasten en políticas públicas”, nos dicen ahora desde la Unión Europea. Solo cabría preguntarles exactamente cuál dinero debemos gastar, cuando el ingreso a las arcas del Estado se verá tan reducido tras el incremento predecible del desempleo.

No sé, amigo, quizás en vez de venir a pedir consejo, deberían intentar ofrecerlo. Creo que tenemos mucho que aprender aún sobre cómo equilibrar una gobernanza que nos ayude a superar este tipo de situaciones.

Colección de Papeles de discusión del IELAT:

- No. 1 (Noviembre 2011): Iris María Vega Cantero. "Aproximación al estudio jurídico de la problemática de los menores extranjeros no acompañados. Especial referencia al tratamiento en Cataluña".
- No. 2 (Diciembre 2011): Juan Antonio Sánchez Hernández. "La autorización inicial de residencia temporal y trabajo".
- No. 3 (Diciembre 2011): María Eugenia Claps Arenas y Pedro Pérez Herrero (Coords.) "Fiscalidad, medio ambiente y cohesión social en el pensamiento liberal atlántico (siglo XIX). Análisis de casos".
- No. 4 (Octubre 2012): Teresa Aurora Gómez Porras. "Cánones eólicos en España: su regulación jurídica y conformidad al derecho español".
- No. 5 (Octubre de 2012): Francisco Javier Garcia-Gil Arenas. "Temporalidad en la contratación laboral y su impacto en la tasa de desempleo".
- No. 6 (Noviembre de 2012): José Antonio García Díaz. "La libertad religiosa en la negociación colectiva: el descanso semanal, festividades religiosas, permisos y licencias".
- No. 7 (Junio de 2013): Cristian Huete Calcerrada. "La segregación. Régimen mercantil de la modificación estructural y desarrollos recientes".
- No. 8 (Octubre 2013): Iván González Sarro. "Impactos de la «década perdida» en América Latina ¿Una lección para los países periféricos de la Unión Europea? Reexaminando el modelo «neoliberal»".
- No. 9 (Noviembre 2013): Renaldo A. Gonsalves. "Cuba y Panamá: La reciente evolución económica".
- No. 10 (Diciembre 2013): Alicia Gil Lázaro y Claudia Elina Herrera (coords.) "El pensamiento liberal atlántico 1770-1880. Fiscalidad en perspectiva comparada".
- No. 11 (Enero 2014): Marta Hernández Álvarez. "La trata de personas en el derecho penal. Derecho internacional, comparado y español".
- No. 12 (Junio 2014): Martín Eduardo Pérez. "Los sicarios en México y América Latina. Empleo y paradigma social".
- No. 13 (Octubre 2015): Cristina Bernal Álvarez, "Transparencia Fiscal Internacional".
- No. 14 (Octubre 2015): José David Lorrio González, "Las reglas de subcapitalización y limitación en la deducibilidad de los gastos financieros en la legislación española".
- No. 15. (Abril 2016): Bianca Roxana Rus, "Transfer pricing approaches: arm's length versus formulary apportionment".
- No. 16 (Diciembre 2016): Marouane El Mahibba. "Marruecos visto a través de la prensa hispanoamericana: caso de los diarios emblemáticos de América Latina (2000 -2015)".
- No. 17 (Diciembre 2017): Johanna Córdova Nagua, "La tributación objetiva de pequeños empresarios: una visión comparada entre Ecuador y España, período 2008-2016".
- No. 18 (Agosto 2018): Noelia Rodríguez Prieto, "La evolución del nacionalismo francófono en Quebec: desde el origen de su 'diferencia' en el siglo XVIII hasta la primera década del siglo XXI".
- No. 19 (Mayo 2020): VV.AA., "La pandemia del COVID-19. Una visión interdisciplinar".





Todas las publicaciones están disponibles en la página Web del Instituto: www.ielat.com

© Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos (IELAT)

Los papeles de discusión son un espacio de debate para investigadores que deseen exponer los resultados de sus trabajos académicos conectados con las líneas de investigación prioritarias del IELAT. Cada uno de ellos ha sido seleccionado y editado por el IELAT tras ser aprobado por la Comisión Académica correspondiente.

Desde el IELAT animamos a que estos documentos se utilicen y distribuyan con fines académicos indicando siempre la fuente. La información e interpretación contenida en los documentos son de exclusiva responsabilidad del autor y no necesariamente reflejan las opiniones del IELAT.

Instituto Universitario de
Investigación en Estudios
Latinoamericanos
Colegio de Trinitarios
C/Trinidad 1 – 28801
Alcalá de Henares (Madrid)
España
34 – 91 885 2579
ielat@uah.es
www.ielat.com

Con la colaboración de:

